ADOLFO GARCÍA ORTEGA

Los falsarios





ADOLFO GARCÍA ORTEGA

LOS FALSARIOS

IMPEDIMENTA

A Javier Arranz
A Tomás Mayo

«Pero lo más digno de notarse es que, así como el sol es claro espejo de Dios y de sus divinos atributos, la luna lo es del hombre y de sus humanas imperfecciones; ya crece, ya mengua; ya nace, ya muere; ya está en su lleno, ya en su nada, nunca permaneciendo en un estado. No tiene luz de sí, participala del sol, eclípsala la tierra, cuando se le interpone. Muestra más sus manchas, cuando está más lucida. Es la ínfima de los planetas en el puesto y en el ser. Puede más en la tierra que en el cielo. De modo que es mudable, defectuosa, manchada, inferior, pobre, triste, y todo se le origina de la vecindad con la tierra.»

GRACIÁN, *El Criticón*

1

«En mi fin está mi principio.» Esta es la frase con que concluye el último verso del poema «East Coker», de T. S. Eliot, segundo de los *Four Quartets.* Hay en el verso una clara alusión a lo que la pobre reina María Estuardo bordó —en francés, porque era la lengua culta de los católicos— sobre un manto que ceñía el cabezal de su trono de madera: *En ma fin est mon commencement.* Es lo recto, sin duda, y lo que el iluso optimismo dicta a la ansiosa esperanza: mueres, pero naces a otra vida mejor, más iluminada y feliz; desapareces, pero vas a *otro mundo.* De este modo se mantiene el círculo del ser a través de los tiempos y de los universos, prescindiendo —*¡peccata minuta!*— de los bajos aspectos físicos (goce, consciencia, etcétera).

El circuito abierto con Alfa no se cierra con Omega, sino que continúa en una rotación sin fin, en una eterna apariencia de principio. En efecto: *In my end is my beginning,* en mi Omega está mi Alfa, en mi Z vive mi A, en mi *tsadé* comienza mi *aleph,* y así sucesivamente, según se escoja un alfabeto o un abecedario o cualquier otra ordenación de letras. En todo caso, el asunto es: en mi muerte está mi nacimiento.

La idea de que en el final reside el origen es vieja como la magia, y canónica doctrina desde que el cristianismo se la arrebató a los filósofos griegos. Pero Eliot, además, juega irónicamente con ella. Al inicio del citado poema «East Coker», el sentido de la frase es muy otro, porque su autor ha cambiado los términos de la paradoja. Dice así el primer verso: *In my beginning is my end* («En mi principio está mi fin»). La referencia de esta frase ya no tiene nada que ver con la piadosa esperanza de María Estuardo, sino todo lo contrario; la proposición es más estoica que cristiana, más terrible que magnífica, más humana que divina. Parece una frase desesperada por su pesimismo: naces y ya desde ese instante mueres, das el primer paso y ya ha terminado tu andadura, partes y ya has llegado.

Si Cavafis lo creyera así no habría escrito nunca su *Viaje a Ítaca,* donde se aprende que lo importante no es el destino, sino viajar hasta ese destino. Al poeta griego le habría bastado con amodorrarse en su Alejandría natal y pensar, como unos años antes hiciera Gustave Flaubert, en la futilidad de la existencia: «Miro a un niño y ya veo a un cadáver».[1]

¿Pensaba en estas paradojas el teniente de la Armada Paul Christian Thorndike, cuando, a bordo de su barco, el USS Hornet, en la clara mañana del 24 de julio de 1969, un destello luminoso proveniente de la muñeca derecha del comandante Neil Armstrong lo cegó desde un punto inestable de las suaves olas del Pacífico?

Probablemente fuese su pensamiento algo parecido a eso, porque aquel destello fugaz y repentino se había producido en la esfera del Omega de Armstrong, y él lo sabía. Aquello olía a final. O en todo caso había adquirido los suficientes datos en su formación universitaria para combinar adecuadamente los poemas de Eliot y de Cavafis con los alfabetos griego, romano y hebreo, y colegir que

todo aquello significaba *bye, bye.* Y por encima de todo, sabía distinguir sin pestañear un Speedmaster Professional de Omega de cualquier otro reloj. En realidad sabía distinguir muchísimos relojes. Era hijo de un conocido relojero de Chicago, Alexander Thorndike, coleccionista reputado, y además formaba parte del programa espacial Géminis. Al fin y al cabo, por eso estaba esa mañana allí, en el puente del Hornet, empapado de diminutas gotas cálidas, mientras recogían a lo lejos la cápsula del Apolo XI, por cuya escotilla los tres astronautas habían sacado sus cuerpos y agitaban sus brazos en señal de saludo feliz y cansado ante lo que pensaban era una cámara de televisión. Los quinientos millones de seres humanos que a esas horas miraban en sus receptores, desde sus casas, el último acto de la gran epopeya lunar respiraron a gusto, con lágrimas y exultación, al entrever sobre el oleaje las mecidas caras de Collins, Aldrin y Armstrong. Pero solo Thorndike supo sin el menor titubeo a qué se debía aquel destello.

Le fascinaba desde niño la captura del tiempo. Como un Peter Pan de la relojería, paradoja de las paradojas, disfrutaba con el tic-tac constante de la lujosa tienda-taller que su padre tenía en Dunbar Street, Chicago. Disfrutaba también con estropear los relojes que su padre arreglaba. Era su vicio secreto de adolescencia. Destrozaba el tiempo, pero no sabía por qué; amaba el decurso de las agujas por la esfera numerada, pero en múltiples ocasiones no se resistía a la tentación de interponer su dedo entre las agujas con el fin de parar su marcha monótona e invariable. Al cabo de los años, aquella pasión por los cronómetros creció tanto como él. Supo así que la NASA había elegido un cronógrafo de la marca suiza Omega para cronometrar oficialmente todos sus proyectos espaciales. Y tuvo noticia de que ese reloj seleccionado era el Speedmaster Professional, una obra maestra de la técnica, un pequeño portento

de esfera luminosa negra con agujas en punta surcadas por una línea verde brillante, creado en 1946 pero con un calibre renovado enteramente en 1968: una máquina de la exactitud que en pocos años pasaría a popularizarse como «el reloj de la Luna».

Cuando unos días antes Neil Armstrong, a las 10 horas y 56 minutos del domingo 20 de julio, puso su pie —desde entonces más famoso que el de Alejandro Magno o que el de Cleopatra— sobre la superficie lunar, todos en el Hornet contuvieron el aliento. Lo estaban viendo por la pantalla de televisión en el cuarto de oficiales. El silencio tenso fue un prólogo a la histeria consiguiente. La tripulación gritó y aplaudió en cuanto se dio cuenta de que Armstrong seguía ahí, de que no lo había engullido ninguna misteriosa masa blanda y ardiente, como creyeran los antiguos. Solo el teniente Thorndike buscó en las imágenes de dudosa calidad que se recibían en aquel televisor la muñeca de Armstrong. Incluso llegó a decir: «Mirad ese reloj. Es Omega», pero su voz fue acallada por los gritos de alegría en que prorrumpieron sus compañeros. En ese momento, a nadie le importaba el reloj ni nada por el estilo. Pero tal vez solo porque desconocían que gracias a ese reloj el alunizaje había podido ser una realidad. El reloj Speedmaster Professional, grisáceo sobre el tejido blanco del traje espacial de Armstrong, marcaba segundo a segundo los pasos a dar en una acción que no podía desviarse ni una centésima de los cálculos previos. Después de miles de años de fascinación por aquel astro, ahora, sin que nadie o casi nadie en el USS Hornet pudiera sospecharlo, en ese preciso instante señalado por aquel reloj que entraba en la Historia, la Luna había llegado a su final.

No lo comprendieron; ni el mismo Thorndike era del todo consciente del gran alcance de las palabras, en apariencia triviales, que acababa de pronunciar. El verso de Eliot «En mi principio está mi

fin» adquirió de pronto su pleno sentido. Que la palabra pronunciada fuese «omega», última letra del alfabeto griego, rodeó de simbolismo aquella escena que estaban viviendo. De perverso simbolismo, incluso, pues no dejaba de ser sorprendente que toda esa frialdad científica con que se ejecutaban los actos de los astronautas fuese posible gracias a una exactitud cronográfica extrema, propiciada por una maquinaria que en última instancia llevaba el nombre de una de las más emblemáticas letras griegas, letra fetiche de la cultura y de la civilización occidentales. Letra que hablaba de un final. El final de la Luna.

Sin duda el teniente Thorndike lo adivinó, porque cuando fue entrevistado por la revista *Time* —algo casual, sus propios compañeros lo eligieron para que relatase las impresiones de los oficiales que estaban en el barco de recogida, nada más—, se refirió a ello como si lo hubiera estado preparando desde hacía tiempo: «Sentí una gran emoción», dijo Thorndike. «Bueno, todos la sentimos. Estábamos haciendo historia. Pero yo sentí también una gran tristeza, porque era el final de la Luna. Quiero decir que ya hemos llegado a la Luna y ahora buscaremos otros mundos. Como dice el poema: "En mi principio está mi fin"… ¡Vaya! ¿No es precisamente un Omega el reloj de Armstrong? Qué curioso.»

2

En cierto modo, Thorndike tenía razón. Con la llegada del hombre a la Luna, el satélite había perdido por entero su dimensión mítica. Se entraba desde ese momento en el futuro, un futuro que suponía el final de la Luna como evasión de la nostalgia, como amparo de los orates o como fantasía escapista. Ya nadie podría volver a mirar hacia la Luna de la misma manera que antes: ahora, gracias a la televisión, *ya habían estado* en ella y habían contemplado su superficie a una distancia de poco más de dos metros. Aunque también es cierto que proliferaron los incrédulos, y pronto fueron legión el número de quienes dudaban de que aquello que mostraba su televisor no fuese en realidad un perfecto y ensayado fraude. ¿Quién les aseguraba a ellos que esas escenas no estaban tan trucadas como las de las películas producidas en Hollywood? ¿Y si todo se hubiera rodado en un estudio, con polvo de serrín mezclado con ceniza y un fondo de tela negra? ¿No parecían *a cámara lenta* los pasos de aquellos astronautas? Todo podía ser un truco, ciertamente.

Pero el cincuenta por ciento de posibilidades de que no lo fuera predominó por encima del otro cincuenta por ciento de escepticismo,

y así sería en adelante. La Luna había dejado de ser otra cosa diferente de su propia realidad, esto es, un planeta muerto que gira en la órbita de Tierra, tal vez desgajado de ella hace 4000 millones de años, y compuesto de rocas y de polvo. Nada más.

Se abría al futuro una nueva era en la que la poesía abandonaba precipitadamente la Luna —¡adiós a los poemas de Laforgue, adiós a los de Verlaine, incluso a los de García Lorca!— para dar paso al Skylab y a una serie ininterrumpida de nuevos prosaísmos bajo capa de vuelos espaciales, con alunizajes y astronautas paseándose por allí como extravagantes agricultores. Pero los nombres de esos astronautas no se recuerdan tanto como los de los tres primeros. Ni tampoco se recuerda con facilidad qué número de la larga saga de los Apolo les correspondía en sus respectivos viajes.

Sin embargo, de todas las preguntas, incógnitas, misterios, dudas y temores habidos y por haber que fueron contestados, resueltos o sencillamente silenciados por la evidencia de Armstrong y Aldrin dando aquellas zancadas de varios metros en la superficie del Mar de la Tranquilidad, tan solo una respuesta supuso un golpe mortal a la más vieja de las elucubraciones que la Luna había generado en la imaginación de los hombres desde la Antigüedad: en el desolado astro no había el menor vestigio de vida, aquel planeta estaba deshabitado. En él no se encontró, como predijo Gómez de la Serna, ningún «montón de autos robados».

Seguramente nadie que crea que la Historia avanza hacia adelante se opondría a la gran verdad contenida en la lapidaria frase de Armstrong cuando su extremidad inferior izquierda se posó sobre el regolito lunar: «Es un paso pequeño para un hombre, pero un gran paso para la Humanidad». Sí, la Humanidad avanzaba, ampliaba sus metas. Si había llegado hasta allí en cuatro mil años, bien podía invertir en adelante unos centenares de años más en

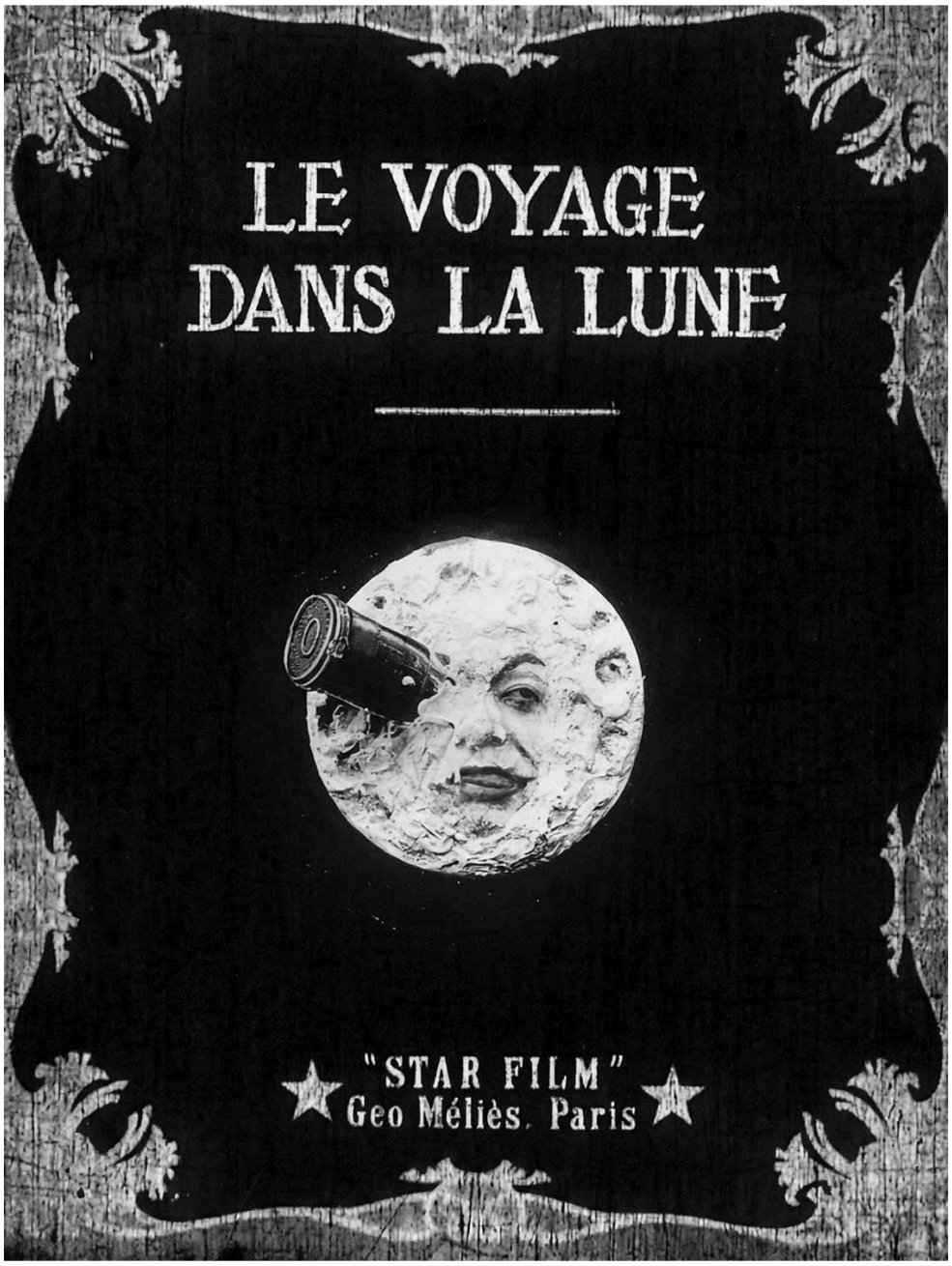
hollar nuevos planetas. Pero también es cierto que ese gran salto suponía el alejamiento definitivo de toda una historia de siglos y de teorías, no por falsas menos bellas, y sobre todo no por imaginadas menos creíbles.

Ese gran paso no era otro que el que separa la realidad del sueño. Cuando el 16 de julio de 1969 el cohete Saturno V lanzó al espacio al Apolo XI a 38 700 kilómetros por hora, se convirtió en una enorme bala dirigida contra la Luna. Una bala mortal. ¿No era de dolor —tragicómico dolor, dolor de payaso tonto— la imagen que en 1902 creó Georges Méliès en su película *Viaje a la Luna,* en la que aparece la cara de la Luna tuerta y chorreante como un pastel de crema porque se ha clavado en su ojo el cohete concebido como un proyectil?

La exhibición de la película de Méliès en Amiens en 1904 tuvo un espectador excepcional: Jules Verne. Estaba enfermo; de hecho habría de morir en esa misma ciudad al año siguiente, 1905, pero algunos amigos lo convencieron para acudir a ver la gran fantasía de los científicos locos, maquillados y emplumados con estropajosas perillas falsas, que llegan a la Luna en su cohete-bala ataviados con levitas y sombreros, comprueban luego las tufaradas volcánicas de los cráteres y están a punto de ser devorados por unos selenitas con apariencia de caníbales de una tribu polinesia. Una historia fantástica que reunía múltiples elementos desgajados de la propia novela de Verne, *De la Tierra a la Luna,* publicada en 1865, y de otras teorías más o menos sesudas y más o menos populares.

Dicen que Verne, cuando vio la película, la calificó de burda mofa del cientifismo y del rigor documental con que, cuarenta años antes, él mismo había llevado a cabo su novela. Le pareció más bien cosa circense, o a lo sumo de teatro guiñolesco, y mostró, en cambio, sumo interés por el nuevo medio de espectáculo para el pueblo. La

película en sí le agradó poco.



Cartel de *Le Voyage dans la Lune*, de Georges Méliès. Star Film Company, 1902.

Desde luego Verne había acertado al enjuiciar la obra de Méliès como una variante del mundo del espectáculo. De hecho, el cineasta llevaba ya varios años realizando en los estudios que él mismo fabricó diversas adaptaciones cinematográficas de algunas novelas de Verne, y siempre con la mira puesta en los trucos y alardes que se le iban ocurriendo a medida que se planteaba nuevos desafíos. Era un mago genial que buscaba fascinar haciendo posible lo imposible. Y, de hecho, cuando el público se enfrentó a la película de Méliès, fue la primera vez que toda esa gente en todo el mundo veía delante de sus propias narices unas imágenes en movimiento que representaban lo que, bien por la literatura popular, bien por la inventiva filosófica, hasta ese momento solo habían alcanzado a intuir: los habitantes de la Luna. ¿Y no era eso, siquiera aproximadamente, hacer posible lo imposible?

3

A la hora de hablar de la Luna es inevitable referirse a la novela de Verne, pero observando que, en realidad, no se trata de una novela, sino de un acopio de datos sobre la Luna con fines didácticos. Verne, como en buena parte de sus libros, trató en todo momento de realizar una labor docente. Esto no es tanto idea suya cuanto imposición de su editor, que le exigía dos novelas al año, sobre el tema que quisiera, pero con contenido didáctico. Podía hablar de los globos y de los submarinos, podía darles tintes dramáticos a sus aventuras, pero tenía que contar las últimas teorías aerostáticas o los últimos descubrimientos en materia de inmersión naval. A cambio, claro está, Verne consiguió enriquecerse con las ventas, aunque más lo consiguió su editor, dicho sea de paso.

A Julio Verne le gustaba pensar que vivía el presente (carteles de bebidas tónicas, ómnibus para plebeyos, gañanes con frac saliendo de la ópera) con melancolía de futuro, de otra época por la que no había pasado aún y que, sin embargo, recordaba, porque existía en sus libros. Pero también le aterraba pensar que ese furor científico, esa edad dorada de la máquina, no pudiera entrar en su cabeza sencillamente porque tenía miedo, porque no era capaz de entender

eso que llamaban «el ímpetu imparable del amanecer de una era». A veces se creía perdido, errando por un paraje de la Historia que amarilleaba en los cementerios y en las bibliotecas, en los museos y en las mentes de los locos que se creían habitantes de mundos imaginados. Se preguntaba cuál sería la lectura que cincuenta años más tarde fascinaría a los bañistas en las playas. Progresos inauditos aliviaban los dolores en los hospitales, inventos desconocidos hacía cuarenta años hechizaban a la gente ávida de avances, circo y espectáculo tanto como a los curas y a los poetas. Dos hermanos, los Lumière, proyectaban un teatro plano que era un trozo de realidad fotografiada en movimiento sobre una tela colgada de la pared de una sala oscura. ¿Y el dolor moral? ¿Quién atiende la nostalgia, quién comprende el delirio, la sensibilidad acerada? Las industrias, cuyos negocios y contratos eran materia de brujería y quiromancia, milagrería del dinero y astucia de patrón que no reparaba en gastos de sangre, aumentaban; enriquecían a una clase que se pavoneaba con pésimo estilo; nutrían a familias cuyos antepasados limpiaban mesones de posta en un barranco de bandidos. ¿Qué había en común entre sus ideas y la época necia, pragmática, despiadada y analfabeta en que le había tocado nacer? Para Verne, el profeta de la literatura proyectista en el futuro, de los viajes astrales y las travesías exploradoras, el fin del siglo era también el fin del mundo, de un *tipo* de mundo.

Por eso, su novela *De la Tierra a la Luna,* leída ahora, más de cien años después de su redacción, resulta tediosa y abrumadoramente prolija en datos de carácter enciclopédico, expuestos bajo la apariencia de un hilo argumental, con diálogos propios de profesor y alumno. Eso era lo que precisamente tenía Verne, una gran enciclopedia y una buena pila de libros científicos. Con un poco de paciencia, la misma que se requería para armar

cualquier maquinaria compleja, y unos cuantos personajes, más cuatro o cinco pinceladas de intriga y acción, Verne redactó un libro que en su tiempo causó asombro. Y sin duda puso en boca de todos, con discusiones de cafés, la posibilidad real de un viaje a la Luna.[2]

Los tiempos de Verne y de Flaubert eran el precipicio al que se asomaba su siglo. Ambos, a su manera, intuían que, cuando los siglos se acercan a su muerte, se deforman. Sus proporciones se alteran, buscan ansiosamente penetrar en los cielos, inventar una nueva santidad técnica, un espíritu visionario, o hundirse en los infiernos, en conjuros que invoquen malditas fantasías. El siglo nace como un animal hermoso, ágil, impulsivo —no es humana la forma de un siglo—. Su vida, en cambio, es la perplejidad de un reptil impotente ante extrañas dolencias y violentas mutaciones. Llegando a su término, se desgarra en surcos abiertos por uñas frenéticas. Monstruo que nadie reconoce sin un escalofrío, deformidad del tiempo con llagas de leproso, el espejismo de la cronología deslumbraba a esos dos escritores tan alejados y tan cercanos a la vez: para ellos, los que venían al mundo el mismo año, el mismo mes, a la misma hora, luchaban al final por la supervivencia solitaria con la desesperación de un náufrago en una balsa estrecha de la que es expulsado a golpes por otros arracimados náufragos que se creen salvados por su mejor suerte —la de haberse hecho un sitio en la balsa tras ahogar a cinco o seis buenos ciudadanos—. Al morir, los siglos son el dragón de los cuentos de hadas, que yace con la lanza hendida en la cabeza.

Por aquel entonces, la sociedad estaba dividida entre quienes aún veían a la Luna como la gran inspiradora, y quienes atendían con petulancia provinciana a los últimos avances tecnológicos. La frontera entre ambos es el espíritu flaubertiano por excelencia, y así se demuestra cuando el gran Gustave, en su *Diccionario de tópicos,*

ironiza sobre la Luna al definirla con los dos tópicos del momento: «Inspira melancolía. ¿Estará habitada?».

Los «progresistas», los contrarios a la melancolía y acérrimos defensores de la cuestión «¿Estará habitada?», consideraban el desarrollo científico como una evolución imparable de la Humanidad y leían publicaciones técnicas y folletos de mecánica y de medicina con la exultación de una nueva fe. Entre ellos habría que contar como prototípico al boticario Homais de *Madame Bovary,* y como él miles en toda Europa, cautivados por los tecnicismos del libro de Verne, desvelados por la posibilidad de hacer ciertas las hipótesis que plantea el libro, excitados por el mero pensamiento de que en realidad existieran los personajes de la novela: un emprendedor Barbicane, un astuto Nichols, un audaz Michel Ardan (francés para más señas y pionero de la astronáutica, con aquel telegrama fanfarrón que envió a Barbicane y en el que se leía: «¡Partiré dentro!»), tres hombres de acción que, a diferencia de los tripulantes del Apolo XI, cuando llegaron a la Tierra y se abrió su nave, estaban jugando al dominó.

En su novela, Verne desglosa todos los pasos intermedios, con fórmulas matemáticas y alardes de conocimientos de Física y Química, que han de darse teóricamente para que un proyectil salga disparado hacia la órbita lunar. Hay algunos hechos que hoy causan irrisión, pero que quizá fuesen pretendidas ironías del propio Verne. Así, no deja de ser gracioso que la iniciativa del vuelo hacia la Luna provenga de un club de fanáticos de los cañones, el Gun Club, expertos en calibres y balística, aburridos de la inactividad en tiempos de paz.

La fabricación de un gran cañón que lanzase desde Florida una bala a una velocidad portentosa tiene buenas dosis premonitorias, como si Verne fuese un Nostradamus de la cosmonáutica: el Saturno

V también adoptó la forma de una larga bala, o más bien de un largo dardo terminado en punta de bala. El lanzamiento tuvo lugar, cómo no, en Cabo Cañaveral, Florida, al igual que en la novela verniana. Que la nave en que Collins estuvo veintiuna horas orbitando la Luna a la espera de Armstrong y Aldrin se llamara Columbia, como la que llevó a Barbicane, Ardan y Nichols en la novela de Verne, ha de verse como un decidido homenaje al precursor. ¿Precursor en verdad? En gran medida sí, aunque se quedó corto. Ciertamente puso en boca de Ardan estas anticipatorias palabras, que Flaubert no tendría duda en adjudicar a su Homais: «Eso de irse a la Luna metido en un proyectil me ha parecido la cosa más natural del mundo. Tarde o temprano había que emprender este viaje, y en cuanto al género de locomoción adoptado, no hago más que seguir sencillamente la ley del progreso». Pero le faltó a Verne el valor de depositarlos en la superficie de la Luna. Tal vez careciese de datos al respecto, probablemente no tuviera en su biblioteca de Nantes libros suficientes acerca de las características selenográficas de la Luna, y prefirió devolver a sus personajes al Pacífico, donde cayeron y fueron recogidos por un barco, el Susquehanna, antecedente ficticio del verdadero Hornet de Thorndike. En la novela de Verne no llegan a la Luna; dan una vuelta por su órbita, incluso corren el riesgo de acabar siendo una especie de satélite eterno suyo, observan los accidentes físicos de su superficie, sus cráteres, sus mares, sus fallas, pero *no alunizan.* Verne no se atrevió a tanto.

¿A qué se debió esa precaución de Verne? ¿Acaso temía verse en la obligación de rebajar su objetividad científica para enfrentar a sus protagonistas con los *selenitas,* los *vespertillos* o los *castores,* las tres especies de habitantes lunares que, según algunos, observó el famoso astrónomo John Herschel en 1835? Tal vez fuera eso, simple temor a darle la razón a Herschel.

El gran astrónomo inglés irrumpe en la vida de Verne fugazmente, aunque la causa de su breve relación fue cierto equívoco, tal vez apócrifo, provocado involuntariamente por el editor de Verne. Al parecer, un amigo común de Herschel y de Verne le dijo a este último en cierta ocasión: «Herschel ha leído tu libro, y lo ha alabado en público». Jules Verne respondió con perpleja insolencia: «¡Claro que lo ha leído! ¡Lo ha editado él!». El amigo, ante esa revelación inesperada, se retiró sin añadir palabra sobre el asunto. Unos meses más tarde, Verne recibió un carta enviada desde Londres. Era de Sir John Herschel, y decía lo siguiente:

> *Querido amigo, le ruego desmienta los rumores acerca de que yo sea su editor. Desde que usted, por alguna razón que desconozco, se lo hizo saber a nuestro común X, no hago más que recibir peticiones de todo el público, y es algo desagradable.*
>
> *Su admirado lector,*
> *Sir John Herschel*

Verne no le remitió ninguna contestación, no se sabe por qué. No obstante, Sir John recibió al cabo de poco tiempo una carta del verdadero editor de las novelas, cuyo nombre era Pierre-Jules Hetzel:

> *Sin duda* —escribía Hetzel— *ha habido un desafortunado pero lógico malentendido que, por indicación de M. Verne, trataré de justificar. ¿La causa? La similitud de nuestros apellidos, usted Herschel, yo Hetzel. Más, añádase, la torpeza de X. Lo lamento mucho, ojalá yo fuera usted —¡pero usted no fuera yo, por favor!— y hubiese tenido así la oportunidad de ver a los habitantes de la Luna como usted la tuvo.*

Suyo atentísimo,
P.-J. Hetzel

Dicen que Herschel refunfuñó al leer la carta, pero se le pasó pronto porque estaba acostumbrado a que lo envidiasen por algo que nunca había hecho.

4

El temor de Verne, en realidad, no era tener que darle la razón a Herschel, ya que eso, en el fondo, no solo no le habría costado nada, sino que además lo habría hecho de buen grado. Por lo tanto no se debía a eso en absoluto. Su reticencia a enfrentar a sus protagonistas con una Luna habitada tenía su origen en un libro muy popular y exitoso en el primer tercio del siglo XIX, atribuido a Herschel, en efecto, pero escrito en realidad por un tal A. Lock, norteamericano, creador de una de las más extrañas sociedades secretas —o casi— que han existido: la de los Falsarios de la Luna.

Pero vayamos por partes. La libertad de prensa en Estados Unidos se había convertido en una auténtica Caja de Pandora. Nadie imaginó que fueran a proliferar las ediciones baratas de cualquier tipo de panfleto, gacetilla satírica o publicación provocativa y asombrosa, ya fueran libros obscenos, políticos o extravagantes.

El libro de Lock entraba en la categoría de los asombrosos. Se publicó en 1835 en el *New York American,* y en vez de figurar el nombre de su verdadero autor en la cubierta, aparecía como escrito por el mismo Sir John Herschel. Se trataba, pues, de una obra apócrifa que habría de ocasionarle al circunspecto astrónomo más

de un quebradero de cabeza por las afirmaciones que en aquellas páginas se le achacaban.

Dos años después, en 1837, la obra vio la luz en Cádiz traducida al español. El libro, más bien un folleto en octavo, se titulaba *Publicación completa de los nuevos descubrimientos de Sir Juan Herschel en el cielo austral y en la Luna.* La versión española hacía referencia a que era traducción del francés, y se imprimió por un tal Pantoja en la Imprenta Gaditana, sita en la Plazuela del Palillero, número 3.

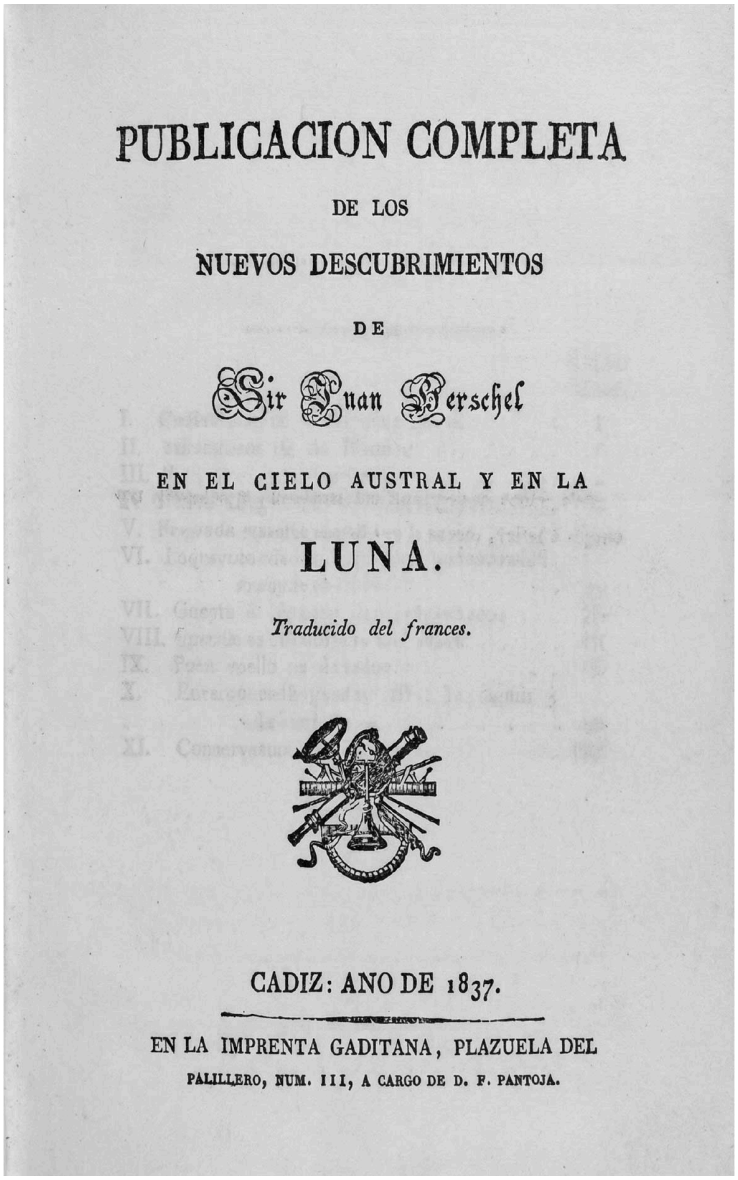
En ese libro, Sir John narra su gran descubrimiento, brindado de inmediato al Rey de Inglaterra. Ese descubrimiento no era otro que la observación telescópica de la vida inteligente, animal y vegetal de la Luna. Sir John se sirvió para ello de un potentísimo telescopio perfeccionado por él mismo, que con los años le habría de dar renombre en la comunidad de astrónomos. Hizo los portentosos descubrimientos a que alude en el libro desde el Cabo de Buena Esperanza, en donde estuvo con otros eminentes científicos y marinos durante casi un año. Anotó con todo lujo de detalles lo que vio acerca de la naturaleza y las costumbres, tanto sociales como políticas y religiosas, de las distintas especies de habitantes de la Luna.

Eran estas especies de tres clases: la de los *selenios,* refinados, alados con plumas y sin pelo en el resto de su cuerpo; la de los *vespertillos,* agresivos, alados como murciélagos y cubiertos de vellosidad, y la de los *castores,* brutos, semejantes a sus homónimos terrenales pero de un tamaño diez veces mayor.

En esto de los habitantes de la Luna, Herschel (¿o habría que decir ya claramente Lock el Misterioso?) demostró tener algo más de imaginación que otros autores; desde luego mucha más que, por ejemplo, Cyrano de Bergerac, quien allá por 1675, en su libro *El otro*

mundo o Los Estados e Imperios de la Luna, popularizado luego con el más sencillo título de *Viaje a la Luna,* reconoce que, después de viajar hasta el satélite mediante la propulsión de frascos rellenos de rocío [sic], se topa allí, como quien no quiere la cosa, con, ni más ni menos que ¡con oriundos de Castilla la Vieja!

Pero prosiguiendo con el apócrifo de Herschel, Verne tenía este libro en su biblioteca, incluso la originaria versión norteamericana, ya que, de hecho, la cita en su novela, sin embargo no se atrevió a concederle pábulo científico, pues con ello habría puesto en entredicho el nombre del verdadero Sir John. Prefirió, en consecuencia, referirse al folleto de Lock como si se tratara de una mera curiosidad, y hacer regresar a sus cosmonautas en cuanto dieran unas vueltas por la órbita lunar, antes de descender a la superficie. No quería correr riesgos, no fuese que la Luna estuviera habitada realmente y él lo negase, naturalista y veraz como era en todo lo que escribía hasta el punto de que se vanagloriaba de carecer de imaginación. Pero lo cierto es que no sabía qué pensar. ¿Estaba habitada la Luna? Y si lo estaba, ¿eran sus habitantes aquellos que el enigmático Lock había puesto en la pupila de Herschel? «Mejor que no bajen, mejor que vuelvan», debió de sentenciar Verne a la hora de decidir el destino de sus personajes, y en muy pocas páginas puso punto final a su novela, ahorrándose toda la tercera parte, esperada luego inútilmente por sus lectores durante años.



PUBLICACION COMPLETA

DE LOS

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

DE

Sir Juan Herschel

EN EL CIELO AUSTRAL Y EN LA

LUNA.

Traducido del frances.

CADIZ: ANO DE 1837.

EN LA IMPRENTA GADITANA, PLAZUELA DEL PALILLERO, NUM. III, A CARGO DE D. F. PANTOJA.

Publicación completa de los nuevos descubrimientos de Sir John Herschel en el cielo austral y en la Luna (1837). Reproducción digital

5

John Frederich Herschel nació en la ciudad inglesa de Slough en 1792, y murió en Collingwood en 1871, a los setenta y nueve años de edad, rico, famoso y reputado como uno de los grandes astrónomos del siglo. Era de origen alemán, y miembro de una familia presidida enteramente por la Óptica y la Astronomía.

Su padre, el eminente Friedrich Wilhelm Herschel, había alcanzado la gloria —y a la postre, qué duda cabe, mucha más fama que su hijo— al descubrir, entre otros astros, el planeta Urano gracias a un enorme telescopio de su invención. Y su tía, Lucretia Caroline Herschel, era también una astrónoma de renombre, descubridora de cientos de nebulosas y cometas incluidos en el NGC *(New General Catalogue of Nebulae and Clusters of Stars,* es decir, el «Nuevo Catálogo General de nebulosas y cúmulos de estrellas», en el que se reseñan casi ocho mil objetos estelares).

Herschel padre, que había nacido en Hannover, se trasladó a Inglaterra como maestro de música, profesión que ya ejerciera en otro tiempo su padre, o sea, el abuelo de John. La música fue la segunda gran pasión de los Herschel, y su segundo talento. En el hogar familiar había repartidos por la casa todo tipo de instrumentos

musicales, dominados con idéntica pericia por cada uno de los miembros de la familia, incluida la tía Lucretia, que abandonaba periódicamente su Hannover natal (y en definitiva mortuorio, ya que murió allí frisando en el centenar de años) para departir con su hermano y su sobrino de planetas y corcheas. Sin embargo, de todos los Herschel, el menos dotado para la música era John, que apenas pasaba de los ejercicios al piano para dos manos con su madre y rasgaba el violín temerariamente.

Quizá por esta razón, y porque en su adolescencia se le manifestaron diversas infecciones oculares de las que acabó recuperándose, su padre le destinó a la carrera de leyes, más prometedora que la de ciencias. El joven John-Duro-De-Oído se trasladó a Cambridge, donde un solemne aburrimiento sepulcral lo catapultó de nuevo a sus raíces: al poco tiempo de experimentar con los farragosos párrafos legales, optó por experimentar con anteojos y lentes, llegando así a su natural querencia por la astronomía.

El aburrimiento de John Herschel tenía su origen en la decepción. Temía el fracaso patético, el paisaje anímico de futura nostalgia, si no lograba alguna hazaña. Temía decepcionar a todos y eso lo sumía en la parálisis del tedio. La gris mediocridad de la vida existía para los jóvenes como él con un ritmo de sueño pasado, de música perdida, en un silencio blanco de resignado pesimismo. Con el pelo rizado que le caía en una melena romántica, el bigote y la perilla, a los que se sumaban unos pómulos prominentes y los ojos hundidos, pardos, brillantes al fondo de dos cuevas, John Herschel pensaba en la tristeza como en un caballo que rumia la paja; era lánguido en los ademanes, educado en los saludos, infeliz frente al espejo; consideraba la vida una estafa, pero sabía que nadie en el mundo la podía evitar; había restringido las esperanzas y ocupaba su sitio entre los vivos con un nudo en la garganta (la dulce

compasión por uno mismo); leía por las noches libros de extraños viajes y coleccionaba vistas de ciudades remotas; despreciaba la alegría bufona del pueblo iletrado.

Flaubert decía que la culpa del tedio la tienen los cristales de colores, y es verdad. Resulta muy difícil sustraerse al primer sentimiento que produce la luz matutina si está filtrada por el vidrio rojo, azulado o marrón que hay en las ventanas, cuando, al levantarnos y mirar hacia afuera, vemos el mundo (o la naturaleza) tiznado de ese color. Esta idea transformadora de las lentes fue de gran importancia para un astrónomo como el que Herschel quería ser. La luz condicionaba su aburrimiento existencial. Los días de otoño —de despiadadas tardes— cargados de lluvia anodina y cielo bajo, con pintura blanquinegra en las cosas que en otra estación refulgen con colores exaltados, se apoderaba de su ánimo el fastidio inexplicable de tantos suicidas. Era por la luz. Algo instintivo, una respuesta inmediata a la atmósfera, a los elementos, a los lugares. A los cielos.

Por consejo de su padre exploró los ciclos boreales, cuyo resultado fue la publicación de once catálogos con datos nuevos sobre estrellas y nebulosas vistos desde aquellas zonas nórdicas. Animado por la buena acogida de sus descubrimientos, quiso realizar observaciones y exploraciones astronómicas semejantes en el hemisferio austral. Para ello se trasladó en 1834 a África del Sur, al Cabo de Buena Esperanza, con sus colaboradores, los señores Grant, Drummond, Holms y Muller.

Llevaba consigo un potente telescopio, heredero perfeccionado del que inventó su padre en 1789, pero más pequeño, ya que aquel medía más de doce metros y requería una armazón de sostén de hasta veinticinco metros de alto. A Herschel padre el telescopio le sirvió para llegar a descubrir los satélites de Saturno y de Urano, y

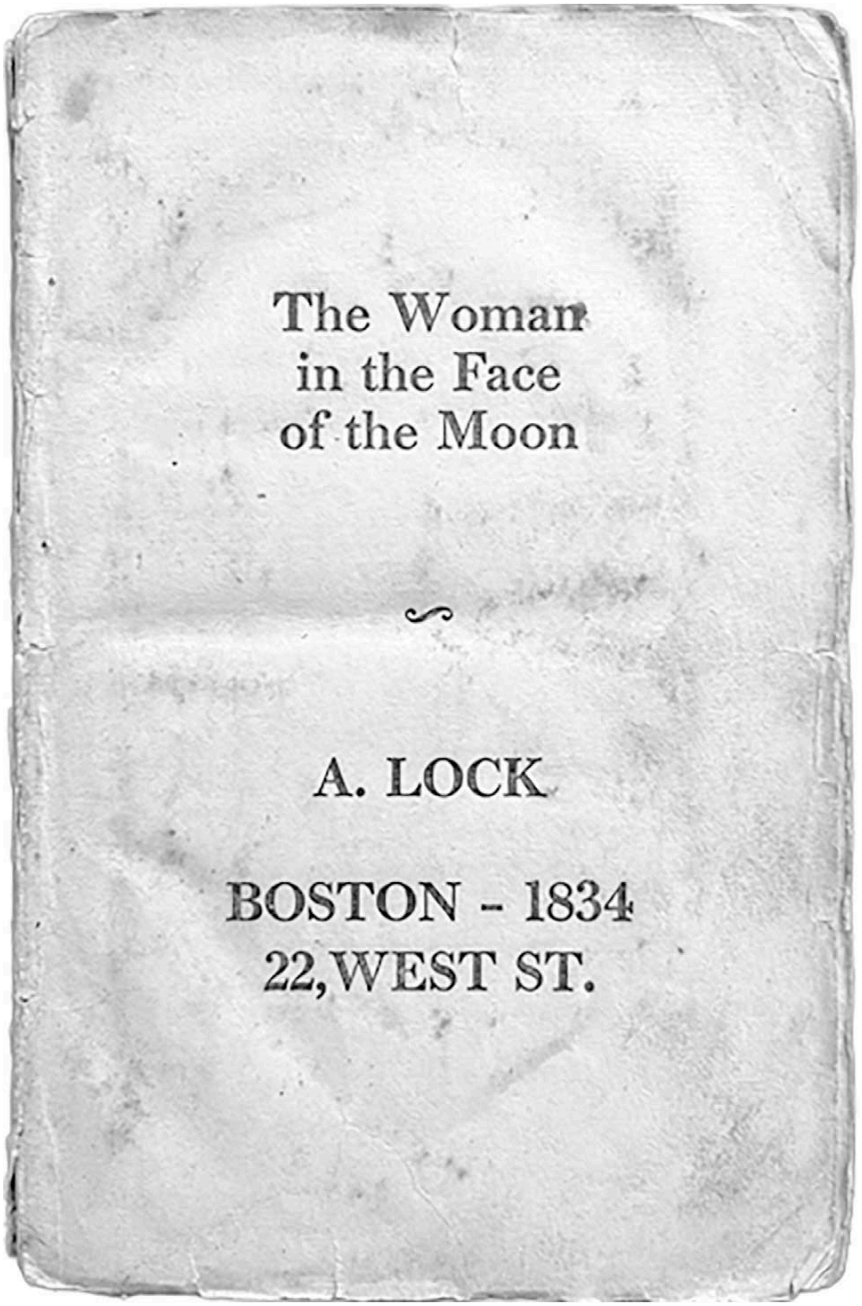
con ello, para atiborrarse a distinciones otorgadas por Jorge III. También hizo interesantes observaciones en el Sol, de gran utilidad para el estudio de las manchas solares. El hecho de que su hijo orientase sus inquietudes hacia la Luna entraña algo freudiano de escabroso análisis, si se tiene en cuenta que el Sol está asociado a la masculinidad y la Luna a la feminidad.

La vinculación fantasmática de la mujer y la Luna fue muy común en aquella época. De hecho, en 1834, un año antes de su libro sobre los descubrimientos de Herschel en nuestro satélite, A. Lock publicó en Boston, a su costa, una obrita mínima, un cuadernillo de apenas cincuenta páginas, titulada *La mujer en el rostro de la Luna.* Pasó totalmente desapercibida, como era de esperar. Sobre todo porque las aspiraciones de Lock con esa publicación eran ambiguas, incluso indecentes. Y su concepción satánica de lo femenino, ridícula.

Se sumaba Lock a la devastadora plaga de entonces de imprimir publicaciones obscenas, por lo general de circulación restringida, que convivían con las científicas, incluso camuflándose en estas: ilustraciones y dibujos ocres o grises con mujeres totalmente desnudas, vestidas a lo sumo con un aparatoso sombrero, muchas de ellas hermosas, aunque en su mayoría reflejaban un aire de desvergüenza demasiado callejera. De baja extracción, algunas se prestaban por pocos dólares a las perfidias del artista dibujante, que, al acabar la sesión, se aprovechaba de la circunstancia y probaba un bocado del pastel que más tarde ofrecería. Aunque existía una censura moral más bien laxa, circulaban postales clandestinas con esas mismas mujeres y muchas de ellas tenían como fondo, escenario o contexto, la Luna. Una Luna que parecía rocosa, marrón y desolada. Se extendió, pues, la idea de que la Luna era mujer y de que si se la observaba detenidamente en su

apogeo, lo que se veía era un rostro de mujer.

En el libro de Lock sobre la mujer había poco texto y bastantes ilustraciones de mujeres seductoras o directamente pornográficas. Estaban retratadas a carboncillo, al pastel, a lápiz, a tinta. Mostraban una sonrisa desproporcionada, la postura (el culo en pompa) y el volumen de los pechos eran los habituales. Una sola mujer para tantos indecentes vistazos burgueses. Y situada en la Luna como un lugar de deseo y placer. Allí, en esa fantasía, se hermanaban patronos y obreros, ambos frente a la misma mujer ideal en un imposible lugar que representaba la fantasía por excelencia: la mujer en la Luna constituía el marco de lo imposible unido a lo perverso. Aquellas clandestinas publicaciones obscenas atentaban contra las buenas costumbres y animaban a ejercitar el onanismo con un soberbio impudor. Y todo ello en el mismo astro que inspiraba a los poetas.



The Woman in the Face of the Moon, de A. Lock (1834). Reproducción digital.

El propio Lock se animó a escribir un inspirado prólogo a su opúsculo:

> «Si viviera en la Luna, sería coleccionista de hombros desnudos de mujeres —decía—. Los archivaría en mi memoria y los sacaría de ella con delectación morbosa (¡quién pudiera acariciarlos, tan espumosos!), del mismo modo que abro un tarrito de esencia y durante unos segundos me embriago de un perfume que se evapora ante mis ojos. Más rectos, más redondos, más caídos, más dorados, más pecosos, más duros… Sus cicatrices, sus pequeñas marcas, su lisura, los picos del hueso, la piel tersa, el hoyo de la clavícula… Toda la voluptuosidad que hay en unos hombros desnudos de mujer (ese instante en que ella, al llegar a la fiesta, deja deslizarse hacia atrás el abrigo de pieles grises que la cubría, surgiendo de pronto la luz y la belleza de sus líneas claras hasta el busto), todo el maquillaje blanquecino espolvoreado sobre su epidermis mate, toda esa imaginación destapada de objeto que se mueve, componen la mujer de mi tiempo: una blanda apariencia de vida astral, lunática, divina. En su dulzura graciosa se atrinchera un arma que apunta al entrecejo de los hombres que las admiramos: son mujeres satánicas, artífices de la fatalidad, Circes que, entre sus frágiles aromas de baño y sus plumas de placer intenso, esconden la metralla de la mundanidad más insaciable, como si su plan para destruir a los hombres, para llevarlos a un encierro de falsedad y espejismos, estuviera preconcebido tácitamente y se limitaran a ejecutarlo sin el menor desvío. Crueles, las mujeres que habitan la Luna terminan donde llega el vuelo de su vestido: no hay en ellas más que la añagaza de un beso que promete mil delicias

infernales. Necesitan el halago y les basta, necesitan la contemplación perversa de su ahogada cintura, de su espalda indefensa, de su pecho ondulado, y deja en ellas la satisfactoria mueca de un triunfo. Y en nosotros, los adanes, los terrícolas, la angustia de una mirada no devuelta, de un amor ficticio, y la negrura de una eternidad vacía como tierra calcinada. La mujer de la Luna devasta, asola; pero no menos cierto es que su manjar, una vez probado, sacia y hastía. Igual sucede con los jarrones colocados durante años en el mismo lugar de un mismo aparador: uno acaba deseando que se rompan en mil pedazos.»

A Herschel hijo aquel telescopio le habría de servir para localizar en la Luna cosas más serias y relevantes, tales como vestigios de ríos de lava y puntos de diferente intensidad lumínica, que los consabidos hipopótamos, árboles, riachuelos, montes y vespertillos de la Luna, tal como presupone el falsario Lock. Afortunadamente, cuando esto ocurrió, su padre ya había muerto (falleció en 1822), pues de haber dado crédito al libro apócrifo del advenedizo Lock, ¿no habría pensado que el problema de su hijo no era solo del oído? Tal vez. Téngase en cuenta que Herschel padre siempre dijo poseer una «certeza absoluta» de que la Luna estaba habitada, pero nunca por seres alados ni castores de metro y medio, dos de las imágenes que de inmediato citaría un pobre demente si tuviera que hablar de los habitantes de sus pesadillas.

Con el tiempo, John Herschel pasó a ser Sir John Herschel, dejó de viajar, y prohibió a todo el mundo de su entorno, criados y familiares, que le hablasen de la Luna, en especial de su dimensión *animada.* Se refugió en las grandes Sociedades Científicas británicas, de las que era miembro de honor, y centró sus investigaciones en las

posibilidades de la química y de la fotografía en el campo de la Astronomía. Sus trabajos y estudios fueron merecedores de premios y elogios desmesurados, tanto en la Sociedad Astronómica londinense como en el Instituto de Francia.

Y aun así, los Herschel ya están vinculados a la Luna de por vida. En el mapa lunar de la cara visible puede encontrarse el cráter John Herschel en las coordenadas 62º N 41º W, en la región polar del Norte, muy cerca del cráter Fontenelle (otro que presupuso habitantes en la Luna en su libro *La Pluralidad de los Mundos*), a orillas del Mare Frigoris. Y también a la tía Lucretia Caroline se le dio un cráter, en las coordenadas 34º N 31º W, en pleno Mare Imbrium. Herschel padre posee un curioso cráter homónimo (6º S 2º W), pequeña verruga del cráter Ptolomeo, muchísimo más grande.

Jules Verne, claro, tiene su propio cráter. Está cerca del Mare Ingenii, debajo (¿por qué?) del cráter Gagarin, y encima (¿por qué?) del de Koch. Coordenadas: 38º S 145º E. En la cara oculta.

6

Acerca del referido Lock, poco se sabe. Todas las noticias sobre él o sobre los hechos de su vida proceden de fuentes secundarias o terciarias. Los únicos datos verificables son la autoría del libro atribuido a John Herschel y que dicho libro formaba parte de los objetivos de una extraña Sociedad de Falsarios de la Luna. Esta Sociedad, constituida a la manera de las sociedades secretas de masones o rosacruces, tenía como única finalidad la elaboración de teorías chocantes y esnobs sobre la habitabilidad de la Luna, evidentemente falsas.

Con ello, al parecer, se trataba de desenmascarar el cientifismo oficial y de bromear con la seriedad sacerdotal e impostada de los sabios astrónomos, cuyos asertos, muchas veces, tenían las mismas bases arenosas que la más disparatada fantasía. Si un Lock, o un Smith, o un Pérez cualquiera, por poner apellidos corrientes, dijera que en la Luna existían unos seres con membranas en sus extremidades superiores, todo el mundo, empezando por la comunidad científica internacional, lo tomaría a chanza y se reiría del divulgador de tamaña bobada. Pero si esa misma estupidez se adornaba con el rigor y la potestad de un Herschel o un Arago o un

Bouvard, astrónomos de prestigio, nadie dudaría de su existencia, por muy inverosímil que fuera. Contra esta injusta división discriminatoria se rebelaban los Falsarios de la Luna.

Otras personas juzgaban deleznables los fines de esa osada Sociedad; veían en ellos una intencionada burla de la Ciencia y una humillante y fácil manera de ridiculizar la Sabiduría Empírica y el honor de quienes la ostentaban. En todo caso, nada ha quedado de los estatutos de esa Sociedad de Falsarios, ni tampoco hay rastro de otras teorías publicadas y atribuidas a eminentes científicos. Tan solo existe una tesis doctoral, editada en 1978 por la Universidad de Cornell, que aborda el tema de las sociedades secretas en el Nueva York del siglo XIX.

Su autor es un tal Richard Hertwig, de quien tampoco se sabe mucho, por cierto. En su estudio de doctorado alude en un par de breves parágrafos a la Sociedad de Falsarios de la Luna y, sin dar más explicaciones, aventura la hipótesis de que esta Sociedad sobrevivió a su autor, cuyo fallecimiento Hertwig sitúa en el mes de diciembre de 1855. Introduce, por otra parte, unos escuetos datos biográficos de Lock, como su nacimiento en Nueva York, su nombre —esa ubicua «A» con un punto que, según Hertwig, puede corresponder a un Alfred, a un Albert o a un Adolph—, su profesión de sastre y su desmedida afición al latín, probablemente por ser católico.

Afirma, además, que, una vez muerto Lock, a los desconocidos miembros (o miembro) de la Sociedad se deben algunos apócrifos que yacen pudriéndose en los más oscuros sótanos de las universidades del mundo, de los que vale la pena citar algunos: *El origen del hombre a partir del Pleistoceno. Últimos avances evolutivos,* de Darwin, *La masa de las estrellas ignotas,* de Max Plank, *Un absoluto en la teoría de la relatividad,* de Einstein. A la luz

de estas casi grotescas aportaciones de Hertwig, de tufillo burlón, es casi seguro que su propia tesis y hasta el mismo Hertwig sean apócrifos de, quién sabe, tal vez el tataranieto de Lock, último vástago de esa familia o sociedad de falsarios.

En resumidas cuentas, nada más se sabe del Lock a quien Verne y otros otorgan la paternidad del folleto titulado *Publicación completa de los nuevos descubrimientos de Sir Juan Herschel en el cielo austral y en la Luna.* El libro, de apenas 120 páginas, apareció en Nueva York, como se ha dicho, en 1835, prácticamente al poco tiempo de que Herschel arribase a Inglaterra tras su regreso del sur de África.

Esto hace suponer que quienquiera que fuese el verdadero autor del libro conocía de primera mano bastantes de los detalles del viaje de Herschel y de sus observaciones. Algunos se han inclinado a pensar que tal vez uno de sus más allegados colaboradores podría haber referido tergiversadamente los pormenores de la misión científica que llevó a Herschel y a su grupo hasta aquella región austral. ¿Quién pudo ser el que le relatara a Lock o a un miembro de su Sociedad los detalles del viaje? ¿El joven teniente de navío Drummond, hombre frívolo y dado a las bromas? ¿El astrónomo Andrew Grant, ayudante de Herschel, quizá en venganza por estar celoso de su maestro? ¿O fueron el mayor Muller o el expedicionario Holms? Los cuatro acompañaron a Herschel durante los largos meses de sus observaciones astronómicas. Cualquiera de ellos pudo haber inventado las divertidas fantasías que se relatan en el libro de Lock. O los cuatro juntos.

Esto último no conviene descartarlo del todo, pues años después de estos hechos, como se puede ver en la correspondencia privada de algunos científicos de la época, circulaba entre los clubs londinenses la chistosa historia de que, cuando Sir John Herschel

estaba en África del Sur explorando los cielos, sus ayudantes le jugaron la mala pasada de cambiarle determinadas lentes a su telescopio, así como el ángulo de inclinación, de modo que cuando él creía estar observando con extraordinario detalle la superficie de la Luna y sus habitantes, animales, vegetación, etcétera, en realidad estaba apuntando, como con un vulgar catalejo, a unas tribus de los alrededores. El excepcional descubrimiento que Herschel, para corroborarlo, hizo verificar a sus ayudantes, no era más que una broma pesada de estos mismos. Comoquiera que se trataba de una historia graciosa contada en las tertulias, no merece mayor importancia. Tan solo pone sobre aviso de que no ha de perderse de vista la posibilidad de una enorme gamberrada urdida por los Grant, Drummond, Holms y Muller.

Aunque, bien mirado, quien más papeletas tenía para ser inculpado de saboteador e indiscreto era Grant. Téngase en cuenta que una carta suya, a espaldas de Herschel y con múltiples inexactitudes, previno al mundo de lo que se estaba cocinando en aquella expedición. Y, como el mismo Herschel relata en un momento dado, Grant era quien «arreglaba» el telescopio y lo ponía a punto. Era el *único* que lo manipulaba. No obstante, al no existir pruebas de ello, hay que descartarlo y aceptar a Lock como único autor de ese libro.

Comienza con una dedicatoria al Rey de Inglaterra en la que el pseudo-Herschel dice que «les fue dado ser testigos de los prodigiosos espectáculos celestes» y añade que le costó tres días aceptar la realidad de aquel descubrimiento y que en las páginas sucesivas pasará a describirlo pormenorizadamente. Toda esa increíble vida lunar se la dedica a Su Graciosa Majestad británica, detalle que, viniendo de un norteamericano como era Lock, no puede ser tomado más que como un anticipo irónico.

Posteriormente, en la versión española de 1837, que es a la que aquí se hace referencia, hay una nota de los supuestos editores franceses, quienes admiten que la obra está integrada de fragmentos escogidos de una pieza mayor, cuyo editor inglés, míster Murray, publicará en breve en cuatro volúmenes.

El prefacio de los traductores es de gran interés, pues en él, además de manifestar un amplio saber sobre los astros, se examinan tres aspectos claves para la imposibilidad de vida lunar, refutados luego por el texto de Herschel: 1.º) las supuestas temperaturas extremas, 2.º) el supuesto suelo vitrificado, y 3.º) la supuesta ausencia de atmósfera. En estos y otros puntos se demuestra que los anónimos traductores, probablemente miembros de los círculos gaditanos de astronomía y astrología, estaban muy al corriente de los antiguos y de los nuevos conocimientos relativos a la Luna. Ello no es de extrañar, pues en aquella época, como sucedía en el siglo XVIII, los traductores no eran meros intermediarios al servicio de las editoriales, sino auténticos expertos en el tema que traducían. Baste citar los casos del botánico Casimiro Gómez Ortega y su versión del *Viaje del Comodoro Byron alrededor del mundo,* o las traducciones que de Voltaire hizo el Abate Marchena.

En los ocho fragmentos o capítulos en que se estructura el libro se especifican los descubrimientos de Herschel, que se prolongaron durante varios meses. Después de ver y analizar los minerales y las rugosidades volcánicas, tuvo el golpe de fortuna de enfocar hacia unos seres «que constituyen indudablemente la raza humana lunar».

7

Vio primero una gran bandada de pájaros grandes, pero de inmediato advirtió que guardaban gran analogía con los hombres terrenales, salvo en que iban alados con plumas y carecían de pelo en el resto del cuerpo. A estos los llamó *andro-selenios* o, sencillamente, *selenios.*

Lo que sorprende sobremanera es cómo pudo llegar a observar desde la Tierra con tanta minuciosidad los plumajes de los selenios y otras características de la orografía o de la flora lunares. Pero lo cierto es que en el resto del libro se despacha a sus anchas en insignificancias antropomórficas o zoomórficas de tal pequeñez que induce a sospechar si no sería cierta la versión de que le cambiaron las lentes al telescopio y lo que Herschel veía no era otra cosa que el mundo a dos palmos de sus narices.



Ilustración de «Great Moon Hoax». *The Sun* (1935).

Otra de las especies que descubrió fue la de los *vespertillos,* unos seres de color gris semejantes a los selenios, pero llamados así porque sus alas eran membranosas como las de los murciélagos y tenían la cara y el cuerpo cubiertos de barba y vellosidad. El término «vespertillo» es una corrupción menor de *vespertilio,* del latín *vespertilio-vespertilionis,* «murciélago». El hecho de que el autor del libro les haya puesto este erudito nombre en vez del más popular «vampiro» o «murciélago» denota un profundo conocimiento del latín. Cosa que, según se sabe por Hertwig, Lock, y no Herschel, tenía.

Esta afición por el latín vuelve a traicionar a Lock cuando, al verse en la necesidad de describir el ayuntamiento sexual entre vespertillos, lo hace en la lengua de Horacio, tal vez también por pudor católico:

> *Nec istis sicut feminis vulva supposita; sed altius et propter umbilicum. Stant in copulando Lunarii; brevis conjunctio et duplex; namque ab ore simul et genitricibus amplectuntur, ut duobus modis aligerum et terrestrium donati, duobus ideo fruantur in copulatu. Lunariam inter et Vespertillonem horrescit natura coitum; huic namque repugnams intemperantia virgae.*

Los vespertillos eran intelectualmente inferiores a los selenios, y bastante más agresivos y brutales, como Herschel dice haber comprobado al observar batallas y guerras entre algunas subespecies de ambos selenitas, e incluso execrables hábitos caníbales (comían niños, como los ogros de los cuentos de Perrault).

Una tercera especie animal —parece que en la Luna de Herschel todo fuese ternario y regido por el tres— era la de los *castores,* llamados así por su semejanza con el castor de río. El castor lunar

era también bípedo, como las otras dos especies del satélite, pero su naturaleza concordaba con la de bruto o siervo.

A lo largo del libro Herschel/Lock describe las casas y colonias de estos seres, más parecidas a poblados de zulúes o de masáis que a otra cosa. También llega a averiguar sus prácticas de caza y de pesca, el color de su sangre —¡blanca como la leche!—, y sus costumbres nupciales, sociales, mágicas y religiosas. Otros capítulos están dedicados a la fauna lunar, en la que observa reptiles, mastodontes y demás bestias. En otra parte se detallan castillos —¡dichosa obsesión, ya vista en Cyrano de Bergerac, la de llevar Castilla a la Luna!— de formas cónicas, que en su conjunto crean la capital lunar, bautizada por Herschel, sin mucho ingenio, como Selenópolis.

En cuanto el libro salió a la venta tuvo un éxito inmediato; se hizo muy popular, pero también se leyó con avidez en las altas esferas y en las clases académicas. Se tradujo a varias lenguas, además del francés y del español. Herschel se vio asediado por curiosos y colegas; por damas viudas y empresarios de *varietés;* ¡hasta por dueños de zoológicos que le abrumaban con extravagantes preguntas acerca de las posibilidades de viajar a la Luna para capturar vespertillos!

El adusto astrónomo hubo de contestar negativamente a cientos de invitaciones para que dictase conferencias en las más recónditas partes del globo a costa de las sociedades astronómicas por allí existentes. Incluso en el colmo de las ironías y de las audacias, llegó a recibir una invitación por parte de la sucursal de la Sociedad neoyorquina de los Falsarios de la Luna, parte de cuyo texto, conservado en Collingwood entre el legado de sus cartas, rezaba así: «Venga a nuestra sede y trate de convencernos de sus absurdas conclusiones. Los de aquí somos como Santo Tomás, si no metemos

la mano en la llaga…». La firma, de rúbrica ilegible, solo llevaba dos iniciales: «A. L.» (¿Alfred o Albert o Adolph Lock?). La carta no fue contestada.

8

En 1906, la editorial parisiense Librairie Baudinière publicó un libro titulado *De la Lune habitée par la Terre* [«La Luna habitada por la Tierra»] y firmado por Émile-Marie Wolf. En páginas interiores, el nombre de Wolf va seguido de unas misteriosas siglas: «de la S. F. L.» (¿la Sociedad de Falsarios de la Luna que fundó Lock?). No hay constancia de que sea tal, pero tampoco consta nada que aclare el significado de esas siglas. El autor, en una breve nota preliminar, se presenta como «un amigo de Huysmans», en alusión al escritor Joris-Karl Huysmans, que gozaba entonces de reconocimiento, fama y prestigio.

Huysmans, cuando era funcionario modélico del Ministerio del Interior y autor del libro *Le drageoir aux épices,* solía ver a Wolf en el café Nablus del Barrio Latino. Fomentaron la amistad durante un tiempo. Fruto de aquellos encuentros, Wolf siempre vio en Huysmans una doble vertiente, una duplicidad anímica, lo que tal vez hoy sería una bipolaridad. Según escribió en un artículo para *Le Figaro,* la cara de Huysmans se dividía en dos parcelas simétricas con distinto color: la pálida pertenecía al chupatintas oscuro de una oficina inmensa a la que nunca iba nadie; la encarnada era propia de

un exaltado neurótico que creía en el más allá a pies juntillas.

> «Ambos lados se complementan perfectamente en él —añadía Wolf en su artículo—. Creó un personaje que representa el fin del siglo XIX, un duque decadente, último vástago de una estirpe podrida que huele a ciénaga jesuítica (¡pero él admira a los jesuitas!), un tal Jean Floressas des Esseintes (un nombre para paladear), que se recluye en un castillo con el fin de detener el mundo, gozarlo a sus espaldas, coleccionar cuadros, libros amados, objetos de sensibilidad etérea y refinada, rodearse de la belleza más exquisita, esa que da dolor, que hace que la cabeza gire en el sentido contrario al del universo. Un imposible, porque no se va impunemente a contrapelo de la Historia. No en vano algo así dijo Barbey d'Aurevilly a propósito de *Les Fleurs du Mal.*»[3]

Al poco de aparecer el volumen de Wolf, el propio Huysmans, recién salido de su retiro como oblato en el monasterio benedictino de Ligugé, escribió una encomiable reseña de *De la Lune habitée par la Terre* en la que reconocía y celebraba la amistad de ambos con estas palabras:

> «Émile-Marie Wolf ha sabido reunir en unas pocas páginas toda una maravillosa fantasía mimética sobre el revés de los mundos posibles e imposibles. Ha ido al otro lado del espejo, mucho más allá que la Alicia de Carroll o, al menos, con tanta arrogancia como Carroll la sitúa allí. Es un testigo vicario de un mundo que me place, un mundo que también es el tuyo, lector, y que yo he querido dejar atrás, aunque, en realidad, nunca me ha abandonado. Todos tenemos nuestro anhelo fijado en la Luna, donde querríamos copiar nuestra vida terráquea, pero

fuera de este mundo. Tengo con este buen y fiel amigo la deuda del respeto, porque admiro su refinado estilo y por la dicha común de habernos entregado los dos al mutuo regocijo del asombro.»

Por otro lado, en el prólogo de su libro, Wolf se define a sí mismo con sobrada complacencia sin que venga a cuento:

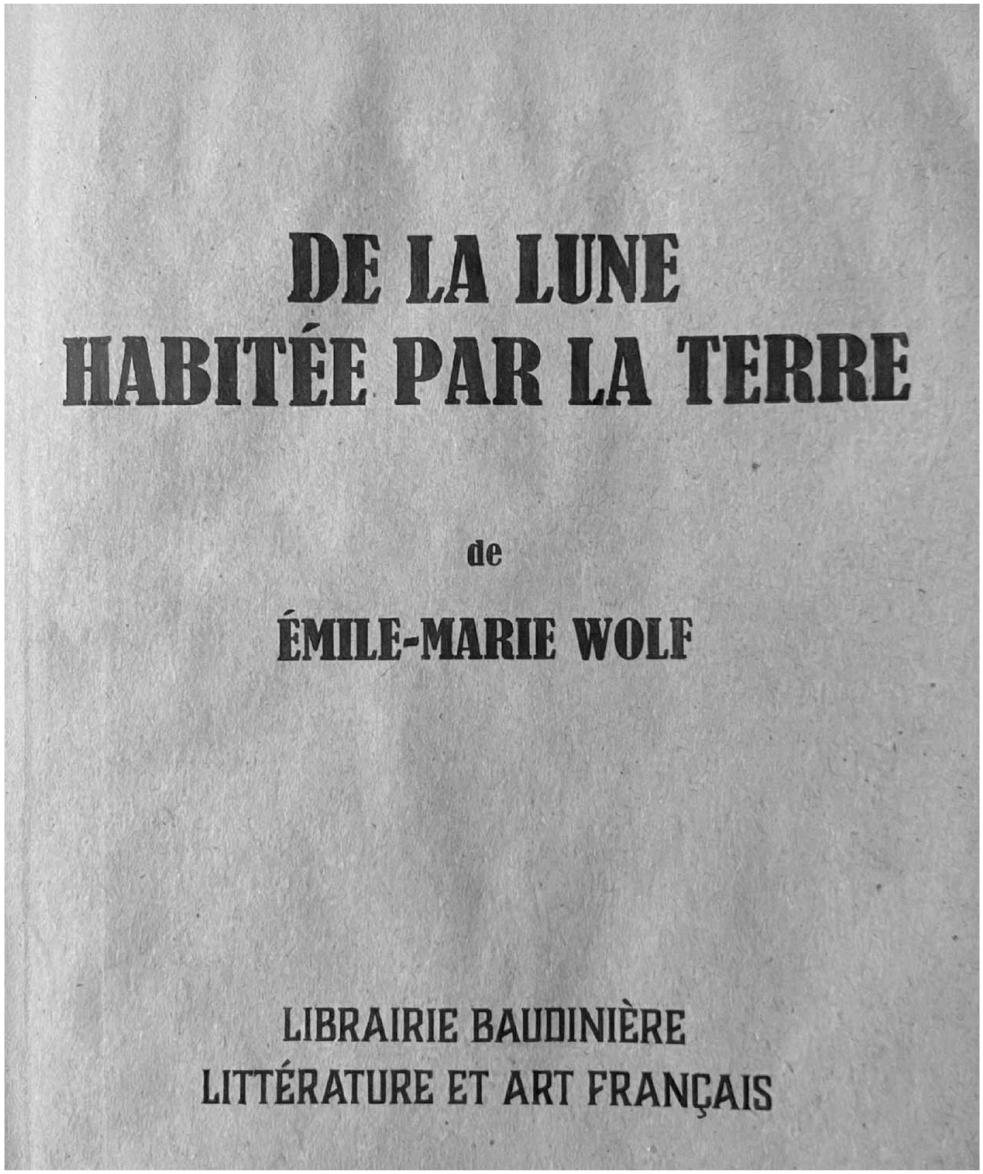
«No soy un hombre materialista. Creo en la magia (en su sentimiento, al menos), en los milagros (curaciones sí, nada de apariciones), en los espíritus que vuelven (si es que alguna vez se fueron), en que todo lo realista ha acabado y por eso nos queda aspirar a la invención de lo imposible. Sí, leo a Zola, pero como si se tratase de un curioso impertinente, un resentido tosco que va de taberna en taberna emborrachando a carboneros para que afirmen sobre todo lo que él les pregunte. No soy materialista. He aquí la causa de que no sea hijo de este siglo, aunque lo veo morir con la piedad de un bastardo que mira por la cerradura la agonía de su progenitor, tan amado como aborrecido. Mi tiempo yace sobre la angustia, es feroz su miedo. Por eso huimos a las esferas de la ilusión, de cualquier fantasmagoría cual altar erigido a las sombras irreales, a los adornos del alma.»

En la reseña que escribió sobre el libro de Wolf, Huysmans ya aventura que se trata de una «distopía invertida», un metafórico reflejo artificioso de la Tierra en la Luna. Y añade:

«Es necesario el juego ficticio de los parecidos remotos, es necesaria la alucinación. La alucinación, la similitud extravagante, es lo que otros, torpemente, llaman *la belleza.* La

belleza, pues, jamás dimana de esos vulgares seres que adoran, como paganos, los auténticos paisajes rurales de celeste azul en primavera más que los lienzos tenebrosos de montañas ocres que solo han sido vistas por el pintor en las manchas de agua sucia de su dormitorio. La belleza es la persuasión de que en lo irreal la verdad reina con mayor soberanía, y de que en una cama, de noche, un día de tormenta, uno puede marearse más y sentir más horror que en el puente de un navío a la deriva en un mar proceloso.

Fabricar es mejor que asombrarse de esa Naturaleza en la que no hemos intervenido, esa Naturaleza que nos ignora, que no nos elige, que perdura pétrea y sola más allá de nuestra muerte. Fabricar es cebar a la mentira para que sea, con su disfraz, una verdad diferente, una verdad absoluta. La Naturaleza, eso real que fascina al vulgo, que da razón de ser a los burgueses, presta sus formas a las cosas. El mayor paraíso en vida al que un hombre de nuestro tiempo puede ascender es al de saberse a sí mismo como un yo *artificial,* cuyos miembros, ojos, deseos, ropas, etcétera, fuesen *otros,* no con la extravagancia de un espiritualista, sino como resultado de una adecuada imitación de otro mundo. Y ese otro mundo, querido lector, es inequívocamente la Luna. Con sumo acierto lo ha visto Émile-Marie Wolf, que ha trasladado allí cada sombra y cada luz de la Tierra, con espíritu demoledor, burlón, insólito y sobre todo tan ácido e inclemente como solo lo puede ser un vengador.»



De la Lune habitée par la Terre, de Émile-Marie Wolf. Reproducción digital.

Años después, a principios de 1940, al cabo de mucho tiempo tras la pista del tal Émile-Marie Wolf, André Breton y Benjamin Peret llevaron a cabo conjuntamente una investigación en la Biblioteca Nacional con la que pensaban concluir que el autor del libro era ni más ni menos que Marcel Proust, pero la inminente guerra contra Alemania truncó las averiguaciones, que terminaron en el olvido de la triunfal posguerra. ¿Sería Wolf un falsario? ¿Lo sería Proust también? Nunca se sabrá. Y, hasta la fecha, no existen evidencias de que se hayan abierto nuevas investigaciones fructíferas al respecto, desde entonces. Pero esta es harina de otro costal.

9

[Del libro de Wolf]

LA CIUDAD DE LA LUNA

La ciudad lunar, cuyo nombre es Nueva Francia, está cubierta por una lluvia galáctica; se devuelve a sí misma, plácida, en el reflejo del pavés.

Todo ese gris reluciente de los adoquines hechos de acero brilla con el agua y le da al entorno un aspecto de fortaleza plateada.

El pavimento, que forma ríos por las aceras, se cubre en algunas partes de un fango viscoso, negro de un hollín blanquecino desprendido de un mineral desconocido para los terrícolas.

La Luna está poblada por seres alados. Se parecen en todo a los que habitan la Tierra, salvo en esas extremidades desplegables que surgen de los omóplatos. Sin embargo, no son ni ángeles ni vampiros.

Los paseantes, ingrávidos, mueven sus extremidades aladas, dudan, resbalan. Las damas más elegantes entran en las tiendas solo para proteger sus botines de piel de las salpicaduras de los coches al cruzar un charco. Los caballeros se agolpan en los cafés.

Hay paraguas que zigzaguean (un caballero cubre a su esposa inútilmente, el ómnibus ha echado a perder su lindo vestido de tisú rosa), personas que temen que esa lluvia astral traiga consigo pequeños meteoritos que deterioren las fachadas de los edificios, decorados expresamente con extrañas figuras de una vegetación caprichosa fabricada con metales antisolares.

Una especie de líquido mercurial avanza por el empedrado de las instituciones, se cuela por sus rendijas.

El aire está enrarecido, pero se puede respirar, porque siempre se ha podido respirar en la Luna.

Se oye un sonido persistente, como de suave martilleo metálico o de música repetitiva, que recuerda al jadear de los suspiros después del llanto. Es el ruido de los imanes que todo el mundo lleva en el calzado para evitar flotar en las aceras.

BULEVARES EN LA LUNA

La gente se identifica, sin ninguna otra mediación, por la vestimenta que luce. La insignia de las clases sociales no es un determinado modo de hablar o de reír (la carcajada del estibador, la sonrisa algodonosa de la colegiala), ni la blancura de un rostro más famélico que otro, ni las ojeras de las chicas de las fábricas de helados de luna, ni la rosada transparencia de la piel suave de la hija de un banquero. La frontera está siempre en la ropa.

En la Luna es más que evidente que la ropa permite clasificar los distintos atuendos de los adinerados, sus ternos, su almidón, sus cuellos, sus pamelas, sus chisteras, sus pantalones, sus corpiños.

La nobleza tira al campo. La burguesía, en cambio, prefiere los bulevares, las anchas avenidas artificiales que vertebran la ciudad.

Todos los bulevares se orientan al Sol, como la mano suplicante de un niño que ve pasar un desfile.

Los de Nueva Francia recuerdan a los del París terrenal, ¡son tan idénticos, por lo que se ve en los telescopios! Está el gemelo del bulevar Saint Germain, el de Capucines, el de Pereire, el de Bourdon, bulevares que guardan en su seno todo lo que se puede considerar *vivo* y útil (amén de lujoso). Quien no se deja ver por los bulevares no existe, no es nadie.

Los periódicos tienen en ellos sus redacciones febriles, la Banca instala ahí sus sedes y templos, la histeria de la velocidad, el vértigo de las drogas, la pasión y la decrepitud del espíritu ocurren allí. Su variopinta fauna de *dandys,* arribistas, damas de fortuna, extravagantes, financieros, actores de renombre, propietarios, rentistas y fingidores de la Tierra tienen allí su copia lunar.

El pueblo, la chusma canallesca, vestido con la sucia soledad de una camisa de temporada, se luce en las afueras. Por eso es pueblo. Ha elegido los cráteres con merenderos adornados con globos de papel y hogueras, los cafetuchos de arrabal donde mujeres frívolas cantan entusiasmadas baladas pícaras y melodías que luego tararean las lavanderas.

Los ricos y los pobres se divierten como aquí, despreciándose, aunque ambos mundos se ignoran mutuamente tanto en la Tierra como en la Luna.

UNA TORRE VISIBLE DESDE LA TIERRA

En la Luna están construyendo una torre de chatarra. La llaman «El mirador del futuro» porque habrá un vigía arriba que prevenga de la llegada de los terrícolas venideros, algo que algún día sucederá.

Esa torre inútil parece ser de una fatídica fragilidad, pero no importa. Se pretende que sea vista desde la Tierra: alcanzará los trescientos metros.

Unos elevadores facilitarán la ascensión, habrá unas escaleras en espiral hasta la tercera plataforma.

¿Cómo será la Luna desde esa altura? ¿En qué parte de la ciudad se detendrá el horizonte? ¿Se podrá dominar ilusoriamente el vasto mundo de los selenitas?

Esa construcción metálica, de hierro y acero, esas vigas trenzadas en sus extremos con tornillos enormes, el viento lunar, huracanado a veces, pasando por los vanos de esa estructura que tanto habría gustado a Eiffel: todo invita a pensar a los terrícolas que realmente se trata de un monumento a la nada.

CABALLOS ALADOS

Se oye por toda la ciudad un murmullo a veces creciente que disminuye luego, se congela como una sola voz de súbito enmudecida, como un bramido que nunca rompiera a estallar.

Ese murmullo es el de los cascos de los caballos alados.

Pueden llegar a aturdir, a enloquecer, si se les deja entrar en uno mismo sin la salvaguarda de la indiferencia.

Caballos alados, caballos de carreras, caballos de tiro, mulas de carga, en Nueva Francia no hay más que animales ambiguos con alas.

Tiran de los coches, pasean a enamorados ociosos, a guardias y oficiales que se desafían desde ellos; aligeran los carromatos de carboneros, leñeros, panaderos, aguadores, afiladores, curtidores… Quién diría que el olor a estiércol invadiría la Luna, un olor acre que

se adueña del estómago e impregna la ropa con el poder de un estigma. Pero es un olor que nunca llega a la Tierra, huye hacia otros planetas.

[*De la Lune habitée par la Terre,* pp. 56-60]

10

[Del libro de Wolf]

ASESINATOS DE BURGUESES EN LA LUNA

Predominan en la Luna los burgueses.

«¿Qué es un burgués lunar?», cabe preguntarse. Pues son figuras con dos piernas y hocicos de puercos.

Un ser mitad humano y mitad autómata, con bombín, gabán de terciopelo y moral intachable (el puritano pastelero que a una hora reprueba el incesto del vendedor de vinos o la caída de una joven esposa en los brazos de un poeta pobre, pero que, a la hora siguiente, regala poemas con un interesado motivo sexual a la hermana de su socio prestamista o a la hija de su portero, a la que no le importa hacerle un bonito bastardo).

También es un artículo de lujo, el burgués, cuando grita «¡Libertad!» con voz de máquina, en determinadas revoluciones, para poder justificarse cuando tenga que pisar con su bota a otros individuos de peor condición social, caso, por ejemplo, de sus empleados.

Bien sabido es que, en realidad, el burgués no es más que un

imbécil con habilidades innatas de ladrón.

Los burgueses de la Luna son temerosos. Suele haber, sin causa conocida, muchos asesinatos de burgueses llevados a cabo con cruel perversión: comerciantes decapitados, jóvenes doctores abiertos en canal como a corderos, damas envenenadas y abogados que pierden la vida en siniestras cenas, niños sodomizados por sus tíos hasta la agonía, violaciones sin cuento, degüellos frecuentes de industriales, estrangulamientos de notarios, en fin, esas cosas que trae el progreso económico.

La policía selénica va tras la pista de sus asesinos, unos clérigos con forma de puercoespines, semejantes a aquellos que aborrecía Voltaire.

La policía sabe que los ojos de esos asesinos se iluminan tras cometer un crimen, y que esa luz perdura en ellos largo tiempo.

Pero no se sabe de nadie, clérigo o no, que haya sacado las tripas a simples burgueses anónimos caracterizados por su bondad.

Son estos burgueses personas normales que pasean entre los cráteres del satélite con la serena impunidad de seres amables y rectos; sus rostros no ocultan una alimentación sin carencias a base de tocino.

JUSTICIA SOCIAL LUNAR

Si hay belleza en un rostro tiznado de hollín o en tres cuerpos descuartizados por una bomba anarquista, entonces la Luna también vive su propia injusticia social.

Lo que se ve en la Luna a través de los cristales violeta de los telescopios es un mundo monótono plagado de injusticia social. Es más, la injusticia social selenita es sólida; no se respira, se corta a

cuchillo.

En los salones y cenáculos de la sociedad selenoide, todo un guirigay de corsés ceñidos y anchas corbatas de seda, unos obreros enarbolan la bandera de su sindicato y la policía los dispersa con dureza. Como en la Tierra. Porque en todas partes la policía está para eso, para dispersar.

Hay allí también, cómo no, un Ministerio del Interior. No hay, sin embargo, reyes. La Luna aventaja a la Tierra en que ha prescindido de las monarquías, por considerarlas una cúspide de la estupidez humana. En los salones hay, desde luego, ampulosos terratenientes que hacen gala de una economía abusiva en buena forma.

En la Luna los médicos, una raza de ateos, han diagnosticado la incurable dolencia de los selenitas: una injusticia social dotada de una monotonía muy contagiosa. Nadie conoce allí a ningún rentista histérico.

Los trabajadores de la Luna se entregan al éter. No les pagan, pero les dan paraísos. Dicen que con el éter la vida es blanda como el filete que aspiran a comer en la próxima revolución.

Los selenitas de las clases bajas, los selenitas proletarios, son una masa que apesta a ganado y a col cocida; son una incontable masa de bestezuelas que ha venido a morir a las sórdidas cavernas de las factorías.

Comprados y vendidos, sin que lo sepan, esos seres medio idiotas y medio lobos, con hijos que ni conocen, han perdido hasta la fuerza de la venganza. No protestan, claudican.

Y cuando levantan contra el patrón su puño, siempre los guía un ideal rancio, de intereses nobles, sin duda, cuyo beneficio es cobrado por otros, los burgueses omnívoros que hostigan poniendo y quitando la mordaza del sueldo según convenga a sus caprichos.

Los barrios pobres de la Luna tal vez sean bellos, como bellas

son para los deshollinadores las figuras del humo… Mas no hay belleza en los artesanos que entretejen el mimbre, ni en los vendedores de manufacturas de cuero o estampados, ni en los albañiles, ni en las míseras camiserías populares, ni en las cordonerías, ni en los puestos ambulantes de tocino, no hay belleza en las industrias que preside el padre y en las que se desloman los hijos, la esposa y una muchacha huérfana de provincias.

Las clases bajas son el nido de la anemia, del enflaquecimiento, de la palidez mortuoria, de la sarna, del tifus.

En esos barrios pobres las fachadas de las casas son bancarrota del yeso, patria de la carcoma, grietas y negrura de la cal sobada.

Los barrios pobres son una desolación apocalíptica en prosa, la vulgaridad de un vómito tabernario. Anonimato eterno. Como en la Tierra.

FAMILIAS SELENITAS

En la Luna, las familias están magníficamente reguladas por un principio de economía utilitaria. Dos hijos como máximo. O cuatro, niño, niña, niño, niña.

Suelen habitar en tediosos salones que huelen a rancio, y se sientan en sillones de cuero reluciente por el desgaste grasiento de sus pieles sebosas (el tocino, ya se ha dicho, es su alimento básico). Penumbra, mezquindad de la decoración, ambiente cenagoso en el mobiliario.

La madre borda y musita oraciones. El padre de familia reflexiona o lee algún impreso y, de cuando en cuando, suelta una exclamación que ha oído en el café: «¡Qué sublime!». Su bata rancia y su gorro de lana le dan un aire de grotesca majestad coronada.

La madre propone sin éxito jugar a la lotería o a otro juego de mesa. El padre dormita, los niños se burlan de la cocinera (una chica rural de sonrisa vengativa, como una muñeca de guiñol) clavándole alfileres en las nalgas, y la madre mira por la ventana el beso de despedida que da a una sombra la mujer del médico del tercero al descender de un coche de caballos a esas horas adúlteras. Al día siguiente, toda la familia sabrá que es la amante de un veterinario viudo de humilde cuna.

[*De la Lune habitée par la Terre,* pp. 70-74]

11

[Del libro de Wolf]

LUJURIA EN SELENE

En la lujuria está la lucha de los selenitas circunspectos, rígidos en su formalidad, frívolos con cuentagotas, pero siempre sucumben a ella. Los selenitas son lujuriosos.

La victoria de la carne vuelve a los lunáticos más humanos y, por eso, también más insensatos.

Los hay que usan sus alas para llegar a un tercer balcón y abrazar a la mujer que han seducido en un baile o en una feria (esposa entregada, como en martirio, a otros brazos legales —los de su marido— en los días compartidos tediosamente, desposeída del placer de los besos que llevan a perder la razón: mujeres que huyen, mujeres que abandonan hogares, rentas y familias, mujeres que siembran la deshonra en probos comerciantes, mujeres que reniegan de su condición de damas solo por perpetuar el éxtasis nacido de sus cinturas, mujeres, en fin, que tuercen su vida en dirección al lecho cálido y réprobo de amantes vigorosos).

Los hay que burlan las normas de la decencia y yacen con

mujeres cuyos servicios favorables pagan cada miércoles y cada sábado, contrayendo las consabidas enfermedades fatales, muriendo luego en una cama de hospital roñosa con la imagen en la mente de su cuerpo sudado sobre el cuerpo convulso de la prostituta.

Los hay que seducen a un muchacho imberbe todavía, inexperto, niño o ángel dulce con voz de violín templado y tez tan pálida como una Madonna del Quatrocento.

Los hay que pierden tesoros y cabeza por aplastar sus labios sin alma (un notario, un alcalde) contra unos labios carnosos, incitantes al delirio, teñidos del deseo más cruel, el deseo que devuelve los besos con desdenes, y se esconde detrás de un «no» ambiguo, rechazo que ha nutrido cientos y cientos de quemaduras en las sienes y ha hecho estallar mil pistoletazos levantando seseras y acallando suspiros de desesperación.

En la lujuria está la lucha, renace el vicio. Y los vicios atrapan como cárceles.

Ni una mirada inocente: todo son ojos que invitan a abrasarse piel con piel, papeles doblados tres y cuatro veces con un mensaje de apetitosa lujuria que se pasean por debajo de las mesas, entregados por camareros morbosos, o por propios que sonríen con la maldad del cómplice al hacer su entrega.

Todo son deseos que ansían satisfacción entre las carnes blancas, bellas, deliciosas, de unos senos rosados o en las espaldas de donatellianos y enfermizos seminaristas.

Entonces acaece el placer. Todo por el placer, en la Luna.

¿Cómo concebir un gozo que no esté suspendido del cordón fibroso de la muerte? ¿Cuántos adulterios serían guiados por otra finalidad que no fuera la reparación a pistola que luego el marido engañado va a buscar en el adúltero? ¿Qué éxtasis puede soñarse sino aquel que traen el opio, las drogas, el alcohol bebido hasta el

extremo del encantamiento?

Propio es de la Luna el placer de gozar en el amor furtivo hasta caer desmayados, casi moribundos. Porque un cuello que palpita por la sangre que corre como una manada es el de un cuerpo excitado de pronto, irrefrenable, a la deriva hasta chocar con el mundo, verdaderamente inoportuno, del fracaso. El placer es una venganza ideada por los dioses.

Luego está la paradoja del prostíbulo: cómo hacer práctico su barroco decorado.

Detrás de la cama, unas oscuras cortinas tapian la pared. Se crea así en la estancia una luz sobria y lujosa, mucho más lujosa de lo merecido, una luz que se solidifica.

Encima del cabecero con relieves simétricos, clavada sobre el papel de medallones dorados, una curiosa composición de escaso gusto formada por cuadros de bajeles surcando un mar en calma, retratos de campesinos a la hora del ángelus en mitad de sus labores, y la figura de un mandarín chino.

A derecha e izquierda, dos abanicos desplegados. Sobre el lecho, las colchas bermellón desordenadas, amontonadas en una parte de la superficie, estiradas en otra, confundidas con unas sábanas blancas que imitan un líquido viscoso.

En las sillas, prendas íntimas femeninas, astutamente situadas en su posición casual para que el caballero lunático no pueda resistirse al impulso de acariciarlas con los dedos mientras aguarda el momento delicioso del contacto pactado con la mujer que minutos antes las llevaba puestas.

En un diván (siempre pardo, discreto), unos cojines hundidos, con el hueco de dos rodillas en el centro. Y a los lados, largos espejos que ayudan —y mucho— a coronar con un éxito la sudorosa tarea.

Y en medio de todo eso, como la pólvora ardiendo, la rapidez, la velocidad con que en ese cuarto se actúa.

La mujer, acabado el turno que corresponde al precio pagado, se levanta de la cama con prontitud deportiva, cruza la habitación, no pisa ninguno de los zapatos que hay esparcidos por el suelo (suyos todos, los de él están muy juntos debajo de la silla en que ha dejado doblada su ropa), no tropieza con los muebles y llega hasta la palangana con agua, único objeto grosero del cuadro, para lavarse sin mirar al cliente al que ya ha olvidado.

El hombre, sin embargo, en un ruborizado instante de estupidez, ha dado una patada involuntaria al casco de valkiria con alas (para sesiones muy caprichosas) que se interponía entre su pantalón y el resto del mundo (la puerta, el honor, los negocios).

[*De la Lune habitée par la Terre,* pp. 98-101]

12

Wolf, en el epílogo del libro, hace algunas confesiones reveladoras. Pretendía darle a su obra un cariz de humor soterrado, incluso de cierto anarquismo sutil, antiburgués, subversivo, empezando por su elaborada prosa. El epílogo es tan fantasioso como algunas de las páginas arriba escogidas. Wolf termina aludiendo a una extraña confesión que le hizo en 1905 Alfred Dreyfuss, años después de volver de su reclusión en la colonia penal de la Isla del Diablo. Según Wolf, el oficial degradado y tan severamente condenado, miraba la luna cada noche por la ventana de su pequeña cabaña y, alucinaciones o no, acabó viendo todo lo que Wolf trasladó a su libro «porque creyó estar allí». El prólogo podría entenderse como una especie de confesión de plagiario.

De todos es conocido que el capitán judío de baja estatura Alfred Dreyfuss dividió a la sociedad francesa cuando fue acusado con exiguas pruebas de ser espía al servicio de Alemania. Todo el mundo se hacía la pregunta de si lo habría hecho o no lo habría hecho. Todo el mundo opinaba a la ligera, en especial desde que lo condenaron a la deportación en la Isla del Diablo, allá en las colonias, para humillarlo. Para unos, un traidor; para otros, una víctima.

Mientras en 1894, este capitán, sin saberlo, iniciaba una guerra civil mediática en Francia entre los *dreyfusards* y los *no dreyfusards,* enfrentados por la culpabilidad o la inocencia de un oficial acusado de pasar secretos de defensa cruciales al más odiado enemigo *boche,* él contemplaba la luna y anotaba como un escolar lo que creía ver en ella.

Émile Zola, con su valiente escrito *Yo acuso,* derribó, por fin, la hipocresía en la que Francia se estaba pudriendo. Sin embargo, tuvo que huir a Inglaterra porque el cincuenta por ciento de sus lectores quería que lo fusilaran sin más contemplación, y de manera instantánea el Gobierno le retiró la Legión de Honor. Ese mismo Gobierno, abochornado por su error —lo que confirma que Dreyfuss era inocente—, se trajo al capitán de aquella isla olvidada para que los militares volvieran a condenarlo (era una inevitable formalidad) y así el Consejo de Ministros lo indultara.

Cuando el capitán Dreyfuss, cuya palabra ni siquiera se había escuchado entre el estruendo de pasiones desatadas, puso de nuevo sus pies en el Continente, dio una conferencia de prensa. A la pregunta de un periodista socialista acerca de cómo había sido su vida en la desolada Isla del Diablo, solo respondió que no sabía nada de esa vida, porque él, en realidad, había estado todo el tiempo en la Luna y era de allí de donde regresaba. Ese periodista socialista se llamaba Émile-Marie Wolf.

Wolf asegura que Dreyfuss, al cabo de dos años en la isla maldita, pidió un único favor: que le permitieran tener un telescopio. Favor que le debió de ser concedido, porque regresó de la prisión convencido de la insensatez de haber sido un preclaro testigo de lo que la Luna contiene. Tan solo Wolf le tomó en serio. Y cuando le dijo: «Lo que hay en la Luna es lo mismo que hay en la Tierra», Wolf no sonrió.

En un estado febril, tal vez excitado por el contento de haber sido indultado y restituido al Ejército, Dreyfuss relató a Wolf todo lo que había visto en su cautiverio y Wolf, en gran medida, lo transcribió en su libro, con la aprobación del oficial, tal como explica en el epílogo. Como la gran mayoría de los franceses, también Wolf estaba seguro de que todos los males que le ocurrieron al pobre Alfred se debieron a que era judío. Pero cuando le preguntó, astutamente, si había visto a algún judío en la Luna, Dreyfuss le contestó: «No, no vi a ninguno, ni siquiera una pequeña sinagoga».

13

José Marchena, conocido como El Abate Marchena, traductor de Voltaire como ya se ha dicho, escribió unas jugosas páginas en el diario que llevó durante los meses en que estuvo en Londres como espía a cargo del conde de Floridablanca. En esos meses de 1786, Marchena tuvo una experiencia (a todas luces engañosa) de viaje a la Luna, tal como relataría años después en un opúsculo publicado en *El Observador.* He aquí, dado su interés, el diario completo de su estancia en Londres:

> *16 de abril de 1786.* Llevo dos días en casa de su Excelencia el señor Horace Walpole, miembro de la Cámara de los Lores, adonde llegué el pasado día 14, pero tan exhausto del viaje que, después de redimirme de un mareo en el Canal, me he pasado día y medio o más durmiendo.
>
> Vengo financiado y con bolsa repleta. Mis gastos van a cuenta de la Corona española y del pecunio de mi señor D. José Moñino, Conde de Floridablanca, a la sazón secretario de Estado de mi país por expreso deseo de mi rey Carlos. Floridablanca confía en mí quizá debido a mi dominio del

idioma, pues tengo facilidad para las lenguas, algo así como un don.

Cuando le presenté a Walpole la carta de Floridablanca en que hablaba de mi persona, el noble inglés, amigo y corresponsal de mi señor conde, me recibió enfundado en una bata azul celeste con ribetes dorados que le llegaba a los pies y, sin alzar la mirada de las letras, apenas dijo:

—No le hacía tan joven, Marchena, es usted un crío.

No añadió ningún comentario acerca de mi estatura, como acostumbran a hacer siempre mis interlocutores, cosa que ya ni me causa fastidio de tan acostumbrado como estoy, pero en el caso de Walpole no ha sido de extrañar ya que él no es mucho más alto que yo. Luego de meterse la carta en un bolsillo holgado, Walpole avisó a un sirviente para que me dieran también una bata de mi talla. Le gusta que le gente que se hospeda en su mansión de Berkeley Square se sienta cómoda y vista en bata la mayor parte del día. Yo creo que es un alarde de extravagancia, pues este Walpole, por lo que dicen, es dado a lo curioso y extremado.

19 de abril. He de decir que por estos pagos reina Jorge III desde 1760 y que es un rey de difícil carácter, al parecer, y propenso a estupideces, pero estoy convencido de que todo rey, ya sea por molicie o sanguineidad endogámica, ya sea incluso por simple necedad, está más cerca de la locura que de la razón. También mi rey Carlos, aunque reconozco que ha hecho cosas superiores que, sin embargo, no han llegado al pueblo. El pueblo, algún día, se lo cobrará todo de una vez y de la más brutal de las maneras, como suele hacer cuando su odio se desborda.

Walpole, muy solícito, dice que me introducirá en el entorno del *premier* William Pitt. Y me aclara que lo llaman el Joven para no confundirlo, al citarlo, con su homónimo padre, quien también fue *premier* hace unos años.

—Pitt empezó muy joven, aunque no tanto como usted —me dice Walpole—. Lo nombraron primer ministro con veinticuatro años. ¿Le parece demasiado pronto?

—Si su mentalidad es de arrugarse con lo nuevo, seguro que será demasiado tarde.

—No hacemos cambios drásticos por aquí, Marchena. Hemos aprendido que las revoluciones terminan en tiranías. En las islas no sabríamos qué hacer sin una testa coronada.

A Walpole le gusta jugar con las coincidencias o semicoincidencias nominales, por eso, en la cena, mientras nos servían una sopa de leche con canela y almendras en una escudilla, y sin que viniera a cuento, me dijo:

—Curioso que nuestros reyes respectivos son terceros de su nombre… Mi Jorge, su Carlos… ¿No le parece, Marchena?

Le iba a contestar que, puestos a numerar, en España se cuenta que, de los borbones, uno sí y cinco no, por su naturaleza bobalicona y soez. Sin embargo, respondí otra cosa:

—Curioso, en efecto, Excelencia, como países que van al mismo paso. Espero que no tropiecen a la vez.

Walpole rio mi ironía. Luego, pero mucho más tarde, mirando ambos la lumbre de la chimenea y aspirando unos estornudoríferos amarillos en sendas bandejitas, me dijo:

—Con dieciocho años no habrá vivido usted mucho, mi joven amigo.

—No crea, Excelencia, ya he viajado lo mío y leído lo de muchos.

—No me llame Excelencia. Me rejuvenece que me diga Horace. Ya sabrá que estoy frisando en los setenta y que los años no perdonan. Me gusta que haya jóvenes por aquí.

—Como quiera, Horace, pero mi ingenio es regular y no sé si alcanzaré a entenderle todo lo que dice. Y en cuanto a sodomías…

—¡Qué directo es usted, joven amigo! —Entonces Walpole añadió, para mi sorpresa—: Casi mejor que no me entienda, Marchena, así no seremos cómplices el uno del otro.

El viejo pasó de libertino a político en un suspiro. Creo que sabe que estoy aquí para espiar todo lo que pueda. O esa fue la pretensión de Floridablanca al enviarme a husmear por esta Corte y sacar partido. Así me lo dijo en Madrid: «Espíe, José, y luego escríbame lo espiado». No sé si lo haré. Veremos qué depara el destino. Por ahora depara la amabilidad inquietante de Walpole, todo un anciano bujarra que sale a la calle con peluca, lunares como garbanzos y afeites blancos de esos que llaman caledonios. Y, desde luego, sin bata.

25 de abril. Hoy hemos estado departiendo sobre la belleza.

—¿Sabe, joven, cómo disfruto de la belleza? —me preguntó Walpole.

Obviamente negué con la cabeza. Él prosiguió:

—Construyéndome una pequeña Tebaida particular, cercada por un jardín tupido de muros altos, rematados con verjas en punta de lanza, donde atesorar para mi único goce la belleza de un cuadro, la complejidad de una melodía sentimental, la suntuosidad de un recuerdo vivaz o el ritmo de los versos inagotables de un libro, como los de Virgilio que leo actualmente. ¿Qué le parece?

—Un privilegio, señor. A mí, cualquier instante sublime de placer estético siempre se ve interrumpido por la portera de un inmueble cercano, o por el abastecedor de víveres, o por la criada que me cambia las sábanas, en fin, por cualquiera que se acerque a mí con tonterías cotidianas.

—Es lamentable, ciertamente. Lo más maravilloso, en cuanto se generaliza y cae en las callosas manos del pueblo, se cubre de hedionda estupidez. Ojalá pudiéramos protegernos de la lluvia torrencial de los imbéciles, ¿no le parece? Todo Londres está empapado con esa agua que explota en las nubes de la necedad.

No me cabe la menor duda de que Walpole carece de escrúpulos nobles y de que, si supiera de verdad lo que pienso, me echaría a patadas de su casa. Silencio, pues, y más prudencia.

29 de abril. Que le hable de España. Me lo pide Walpole para así tener conversación cuando él me presente a Pitt, ya que ese encuentro va a tener lugar en una fiesta a la que iré con mi anfitrión. Entonces le digo cosas a la buena de Dios, pero en las que creo a pies juntillas, como que España es país de ideas ultramontanas y nula libertad, patria de curas censores y monjes turulatos, de hidalgos rancios y pobres miserables, de beatos visionarios y monjas alcahuetas, de escritores encarcelados y pintores mojigatos, de ningún filósofo y menos de ningún político, nación que fue de barcos, conquistadores locos y delincuentes; tierra, en fin, alejada de las convulsiones del pueblo y de la razón.

—¿Y qué pensáis de mi amigo Moñino?

—El Conde, por ahora y dado su buen juicio, es de lo mejor

que hay en mi patria.

Buena respuesta he dado, me digo a mí mismo, para referirme a quien me paga.

—¿Y usted, Marchena, qué es?

—De ser algo, yo diría que aspiro a ser una tarta volteriana con crema de Rousseau y bizcocho de Montesquieu.

—Le veo idealista, Marchena, y afrancesado.

—Cierto que lo soy, y amante de la Luna, como todos los que se elevan en pensamientos y quimeras, pero si le digo la verdad, Horace, soy muy de la Tierra, sobre todo de esa tierra arcillosa que mancha. Aunque ya sabe lo que dijo Cyrano de Bergerac, el que pretendía haber subido a la Luna.

—¿Qué dijo?

—Que la Luna es de tierra.

—Así que es usted un lunático, ¿no?, y perdone que sonría.

—Sonría si quiere. Pero le seré sincero, más bien soy un Contratodos. Que es como decir un Úsemequienquiera. Esto es, un Tengounprecio.

—Allá usted, Marchena, con sus juicios, abusos y pendencias. Por cierto, mañana será la cena con Pitt y su entorno de parlamentarios y habrá, como siempre, actrices y artistas. Suele acudir algún que otro personaje asombroso. Me han dicho que vendrá uno que sabe de la Luna más que nadie y le interesará conocerlo, ya verá, ya verá. Solo le voy a pedir una cosa, querido amigo, si me permite este consejo, pese a su juventud, lávese mañana. Lo dispondré todo para que vaya bien acicalado y perfumado. Pitt es muy estricto con los vaivenes del olfato.

Ya en la cama, incapaz de dormir por la excitación, pensé que siempre me salen con lo mismo, que si huelo o dejo de

oler, que si mi ropa lleva grasa y mis uñas roña. ¡Y me lo dicen aquí, en la patria de Hogarth! ¡Que el pueblo huele, señores, entérense, huele mucho!

14

[Continuación]

2 de mayo. Ha tenido lugar la fiesta con cena ofrecida por Pitt. Todos íbamos enjalbegados con pelucas tan empolvadas que alguno parecía llevar una nube ligera encima. Y muchos competían en número de bucles por peluca. He contado algún postizo que tenía hasta seis filas de tirabuzones. En cuanto a atuendo, la mayoría de los invitados iba con casacas azules de corta botonadura, calzones de gamuza fina y filadiz apretado con zapatos de lustre.

En un momento dado, perdí de vista a Walpole y me sentí aterrado en medio de los invitados que me miraban con desdén. Pero no tardé en aliviarme al verlo venir hacia mí con su habitual afectación y delicadeza, casi ridículas, flotando de puntillas a cada paso como si anduviera sobre terrones inestables. Con su voz modulada y cantarina me presentó al primer ministro y este apenas me hizo un saludo con la cabeza y dijo que de España guardaba solo un recuerdo, el gusano que había dentro de una naranja regalada por un embajador. Y, ya de espaldas, cuando se alejaba, añadió con falsete: «Fue un

gusano real, no se enfade, joven».

Luego, abandonado por todos, me repetí mi cometido en ese lugar: espiar, espiar porque así lo quiere mi señor y algo haré al respecto para su gusto. Pero cuando me disponía a entrometerme en los círculos de avinagrados y ampliar mis curiosidades pegando el oído, Walpole regresó y me tocó en el brazo:

—Este es el hombre —dijo, pero no supe si se refería a mí o a la persona que lo acompañaba—. Marchena, Lunardi; Lunardi, Marchena.

Así que esta era su sorpresa, pensé. El hombre de la Luna, como Walpole me había anunciado. Y este no era otro que el famoso Vincenzo Lunardi, el italiano volador del que todo el mundo hablaba en Londres. El mago de los globos aerostáticos, el viajero del espacio, el gran ingeniero de los cielos, el afamado conversador con las damas que toda la buena sociedad británica quería mostrar ante sus amistades.

Luego de las cortesías, los dos hablamos un buen rato y al poco nos hicimos amigos, porque, entre frase y frase y entre copa y copa, nos reconocimos masones. Siguió la fiesta, pero ya Vincenzo y yo nos habíamos citado para futuros encuentros.

5 de mayo. Walpole se aburre y padece de gota. Cuando está en bata, es un viejo tan paliducho que parece enfermo, pero su mirada es penetrante, por lo que deduzco que será también insaciable. Amargado por su edad y porque, noble de familia, aún no ha heredado el título de Conde, frecuenta los salones y los clubs de un exclusivo círculo buscando alicientes de todo tipo.

Conservador en las costumbres, es sodomita a carta cabal y

tiene cierto sentido de la depravación. He averiguado que visita y cuida a un viejo amante, un tal Míster Conway, cuyo rostro padece de una terrible afección. Piensa Walpole que, en general, las mujeres son una mala influencia. Me cuentan que su gran amor fue Lord Lincoln, famoso por el tamaño de su pene. A Walpole no le gusta la indiscreción, pero ha visto el amanecer en decenas de fiestas en las que él mismo se disfrazaba de mujer o de fauno. No parece dado a los arrebatos sentimentales. De joven eran famosos sus hermosos ojos. No es un hombre feliz, solo rico. Muy rico.

Cuando se sincera —y eso sucede si se pone la bata—, me dice que ve en Lunardi una vitalidad que a él ya le ha abandonado. Como Walpole se aburre, busca siempre hacer algo excitante y reconoce que Lunardi se lo procura. Lo conoció hace unos seis años con motivo de algún servicio con el embajador napolitano Caramánico, pero no me ha dicho cuál en concreto. El caso es que Caramánico regresó a Nápoles y Lunardi se quedó en Londres y adquirió fama. Pues bien, mañana estoy citado con el italiano en su casa para un refrigerio. Iré solo, sin Horace. Con dos objetivos: uno, hablar de la Luna, el otro, espiar.

6 de mayo. Creo que hoy he triunfado. Walpole se ha comprado un cuadro titulado *El baile de Salomé,* de autor desconocido para mí, un inglés de la escuela de Reynolds. Lo ha tenido expuesto todo el día en su gabinete y al atardecer me ha invitado a contemplarlo para saber mi opinión.

—Si escribiera un cuento —le he dicho con parsimonia— por encargo de una de las revistas de moda femenina, el tema que más me convence, por feroz y depravado, es la narración

morosa de los minutos que transcurrieron previos a la danza sensual de Salomé delante de Herodes Antipas. Y este cuadro permite imaginarlos.

—¿Y qué se imagina, dígame?

—No imagino, lo veo directamente. Ahí está la muchacha de hermosura hebrea que se oculta detrás de unas columnas de la gran sala del Palacio en la que, sentado en su trono de caoba, el Tetrarca, con un cáliz de vino a rebosar, ignora la sorpresa. Una fiesta se está consumando.

—Yo no veo nada de eso.

—Fíjese bien, señor, y abra los ojos de la fantasía. Hay en la gran sala ruidos de vocerío, risas obscenas y brutalidad. Hay sangre en las alfombras, y bilis, y besos, y un humo lechoso. Los brocados relucen. Es de noche y el fuego de las lámparas de aceite crea una escarcha de sombras en los segundos planos, cobrizos. ¿No los percibe, señor?

—Sí, sí, ahora los veo, sí.

—Ella, ataviada con una larga túnica morada transparente, está sumida en un sueño de nerviosismo infantil. Los ojos del Tetrarca se posarán dentro de poco en su movimiento, en su vientre, será deseada más y más en cuanto la música y los quemadores aromáticos se hagan una sola corriente hipnótica.

—¡Qué bien lo describe, Marchena! Nada de eso está en el cuadro, y sin embargo, todo eso está.

—Sus cabellos son largos y le cubren la espalda, van a girar sueltos, en un remolino pagano; sus pies, descalzos. Junto a ella Herodías, su madre, susurrándole algo al oído. La niña enmudece súbitamente, cambia el rictus festivo de su rostro y deja que un rubor horrible le acaricie como el plano de una espada. Pero enseguida olvida, tiene la crueldad de los

inocentes. La cabeza de ese profeta, de ese orate, no es nada comparada con su baile, con el entusiasmo del rey, con la noche propicia, con el porvenir esplendoroso.

—¡Bravo, joven, bravo!

—Esos minutos, esa voz silbante de Herodías, esa secuencia de preámbulo, esa tensión, me subyugan. El asesinato en manos de una niña, la explosión de sus brazos al desplegarse en una ambigua danza, el placer y la muerte, todo eso exprimido en una escena pictórica. Felicite al pintor, su claroscuro condensa el turbio origen de acontecimientos sobrecogedores. Mi cuento versaría sobre la arqueología del Destino.

Walpole me miró asombrado y quedó absorto cuando salí de su gabinete para regocijarme en mi aposento por haber logrado subyugarlo. ¿Me servirá para mis pesquisas? El cuadro, desde luego, era malo.

7 de mayo. Con Lunardi hablé de masón a masón, que es como decir que dos hombres libres hablan con libertad de la opresión que hay en todas las cosas. Él es de los Caballeros Rosacruz, yo pertenezco a la Stellae Gratia.

La cita fue en su casa de la calle New Bond, para llegar a la cual hube de atravesar ciertas partes de Londres. ¡Qué ciudad más oscura y negra es esta! ¡Y qué permanentemente embriagada! Veo por doquier hombres borrachos, mujeres semidesnudas ebrias, ladrones que roban a los borrachos para luego emborracharse ellos y ser robados a su vez, niños borrachos, niñas vendidas a borrachos, carteristas sonrojados, tenderos violentos, tullidos de todo, de ojos, de nariz, de extremidades, de mandíbula. Y esas bocinas de los carruajes

que suenan todo el tiempo, y el peligro que supone la diligencia que entra por Old Jewry y arrasa todo lo que pilla, sean fardos o personas. Todo ello recreado por el olor apestoso a orín y a amoniaco que se mezcla con el nauseabundo de las tripas guisadas y el acre de los cuerpos sucios. Fango y barro por todas partes. Y un gentío agolpado que deambula como esas hormigas nerviosas que caminan muy deprisa.

La casa de Lunardi estaba en el centro de un laberinto de callejas, en un pasaje muy angosto, prácticamente un pasadizo sin salida.

Cuando me recibió, me percaté de que llevaba puesta una bata aterciopelada de tono carmesí, cerrada por un cordón plateado.

Tenía en sus dos salones diversos muebles elegantes, una otomana, un confidente que daba a la ventana y un canapé enfrentado a tres mesitas bajas con un juego de té en cada una. Por todos lados había candelabros y lamparillas con velas de sebo consumidas y sin retirar. Esto último daba una impresión de abandono que echaba para atrás, pero él achacó los descuidos en el orden a la indisciplina del servicio, compuesto tan solo por una mujer madura que apareció fumando en pipa y arrastrando los pies.

Luego de tomar dos codornices con tiras de tocino y patatas, bebimos vino italiano y Lunardi me habló de los viajes aéreos. Cuando habla, se entusiasma de tal manera, que alza los brazos y emite sonidos con la boca y aletea con las manos mientras hace gestos de ascenso y caída tan bruscos que quien lo escucha siente un vértigo en el estómago solo con imaginar el peligro del vuelo. Y por eso me ha arrebatado.

La velada ha sido corta, pero deliciosa. Hemos quedado para

otro día, y he insistido en que entonces lo invitaré yo, aunque aún no sé dónde, ya que en casa de Walpole me parece abusivo, sobre todo si Horace no va a estar presente. Al despedirnos, le pregunté cómo había conocido a Horace.

—Se lo debo a un amigo de los dos, el señor Biggin, que estuvo con él en Eton College. Biggin fue el pasajero de mi famoso vuelo aerostático de hace un año, una proeza insoslayable.

—Qué excitante, volar, ¿no?

—Horace lo intentó, pero padece de mal de altura y además es muy neurótico. Aquí, amigo José, la mayoría de los ricos lo son.

—¿Y ha leído usted su conocido libro *El castillo de Otranto*?

—Por supuesto que no. Me han dicho que es un libro ridículo.

—Ya le diré cuando lo acabe. Leo cada noche el ejemplar que me ha regalado su autor y reconozco que las sombras que se abren cuando apago la candela me causan una enorme aprensión.

—¡Tonterías, José! La mejor cura contra el miedo es perder la mirada por los extensos cielos. ¿Le apetece volar algún día, Marchena?

—¡Claro! Porque lo que más ansío es llegar a tocar la Luna, como Cyrano.

—Conmigo, José, la tocará.

Quedamos emplazados en volver a hablar del asunto y me fui, flotante y feliz, por las sucias calles que para mí, en ese momento, eran de mármol repulido por inmaculados querubines. El cielo me une a Lunardi.

22 de mayo. Una vez más he estado con Vincenzo. Nos vemos los miércoles y los sábados para comer en la taberna Crown and Anchor, en uno de sus tres ambientes, pues, aunque nosotros siempre preferimos *the parlour,* la zona de los caballeros, a veces pasamos a la cantina popular que llaman *the tap* por la curiosidad de ver al grosero populacho. Allí brindamos y bebemos con putas que conocemos de los *free and easy,* como dicen aquí a los picaderos, muy frecuentados por Lunardi y que me ha hecho descubrir a mí. Luego, después de una buena comida o de una visita libidinosa, bajamos al Strand, donde por dos chelines podemos ver el canguro y el rinoceronte de la casa de animales.

La personalidad de Lunardi, que nació en la Toscana hace veintisiete años, es la de un hombre inteligente, elegante y listo, tan seductor como irresistible. Tiene la coquetería de los diplomáticos y la habilidad de los buscavidas. Muchas veces me dice: «José, mentir sobre uno mismo no es mentir, es fabular, y las fábulas siempre abren puertas». Este consejo sabio lo aplicaré siempre que pueda, porque me es grato y muy conveniente.

En las comidas y en los paseos londinenses hablamos de todo lo que él sabe, que es mucho, y yo busco aprender, ya que he claudicado de espiar, al menos con Vincenzo, a quien veo más como colega en espionajes que como materia de estos. Me habla de ciencia, de aventuras por la lejana India, donde ha estado, me explica con admiración la política y la independencia americanas, aunque en esto Lunardi es más cauto que Walpole, que detesta y aborrece la Paz de Versalles. Me habla de su opinión de la guerra de Gibraltar contra Francia y España, que es, para él, la guerra más absurda porque fue una matanza

para los héroes y una nimiedad para los geógrafos. En fin, un hombre complejo, este Lunardi, astuto para lograr ganar dinero, ya que hace todo tipo de negocios, importando y exportando cualquier cosa. Como bien dice él mismo: «Aquí todo te lo compran y te lo venden si eres famoso». He comprobado que Lunardi lo es, hasta lo saludan por la calle. Y todo, por aquel vuelo en globo que hizo el año pasado y que hasta el rey contempló tras una cortina, temeroso de que el globo le cayera encima.

15

[Continuación]

25 de mayo. Hablamos de la Luna y Lunardi bromea con su apellido. Dice que un hombre como él, con un apellido como el suyo, lleva la Luna dentro, por eso siempre cree en lo imposible.

—Soy quimérico, además de astronauta —dice a continuación.

—¿Y la Luna es una quimera? —le pregunto.

—Desde aquí abajo, sin duda. Por eso hay que mirar hacia arriba y desearla.

En ese momento sucedió algo extraordinario. En Bloomsbury Park vimos cruzar una jirafa llevada por un hombre con turbante. En ese momento me pareció el animal más bello que había visto jamás. Era gigantesca.

—Me gustan las alturas —dice Vincenzo, aludiendo a la jirafa.

—A mí me alborotan, porque las temo, pero me atraen.

Se lo digo al italiano con brillo en los ojos. Y añado, como broma hacia mí mismo, que eso me ocurre porque soy bajo. Él

responde:

—Bueno, en la barquilla pesará menos.

—Pero soy fuerte, como una roca —digo yo.

—Pues espero no usarlo como lastre —dice él.

7 de junio. En Londres nunca se ve el cielo. Por el humo de las tufaradas de vaho caliente que provienen de las hogueras, de los fogones de las tabernas o de las cuadras y herrerías, más la niebla que asciende del río, la luz es opaca y el ambiente cegado a la visión clara. Es un ambiente espectral, fantasmal, tanto al amanecer como al oscurecer. Pienso en lo que dice Lunardi: «Para ver, hay que subir más alto, mucho más alto».

Escribo hoy esto porque es el día en que Lunardi me ha ofrecido subir en globo. Yo solo pensaba en la Luna. Cuando se lo he dicho, me ha contestado: «Hasta la Luna también subiremos».

Compartimos un amor por la técnica, por las máquinas, por los autómatas. Vemos en las maquinarias un lado humano, individualizado, por así decir, que nos lleva, sobre todo a mí, a comprenderlas y a dialogar con ellas, de algún modo. Las concebimos a veces como una variante de los animales. Con estas premisas, me ha llevado al museo de los Inventores y a la Royal Society de Londres.

Allí me ha explicado Lunardi que su amor por la ciencia procede de su relación con un científico napolitano, especie de maestro y tocayo suyo: Vincenzo Cavallo. Este está en la Royal Society de Londres y es una autoridad en el hidrógeno. Me ha presentado a Cavallo. He perdido la cuenta de la cantidad de preguntas que le he hecho. Pero Cavallo, muy amable, además de contestarme a buena parte de ellas, ha concluido: «Que le

hable Vincenzo de todo ello, sabe más de lo que dice y yo a veces lo escucho».

Lunardi se había convertido en 1785 en el primer humano que voló en Inglaterra. En su ascensión, llevó animales —un perro, un gato y una paloma— porque, como buen masón, quería hacer una comunión con la naturaleza. Comunión que extendía a la técnica: sentía Lunardi los movimientos del globo y comprendía en ellos un lenguaje, el propio de un animal impulsivo y capaz de actuar con vida propia. El globo vivía, respiraba, como él mismo.

—¿Y qué había allí arriba? —le pregunté.

—Solo esto: un silencio absoluto.

Gracias al éxito de su vuelo, apodaron a Lunardi «el Aeronauta Temerario». Samuel Wesley compuso una marcha en su honor. Acudieron a verlo cien mil espectadores. Jorge III quiso conocerlo. Y lo hizo. El globo se exhibió en el Pantheon de Oxford Street.

18 de junio. Vincenzo y su maestro Cavallo me han ilustrado sobre los vuelos aerostáticos. Me han contado la historia de los Montgolfier y de Andreani, los pioneros. Me han explicado que en 1783 tuvieron lugar en París los primeros vuelos de la Historia y que los globos se pusieron de moda después.

Unos se chiflan por ellos; pero otros los odian. Los llaman los *bastard balloons.* Hubo muchos intentos fallidos por parte de advenedizos, de estafadores y de gente sin escrúpulo. Hubo quien empezó a crear mala fama al respecto. Cuenta Lunardi que, después de su ascensión, el *Morning Post* recogió la noticia acerca de la anciana señorita Saunders, que se pegó tal susto al ver el globo tan de cerca que falleció al día siguiente

por la mañana. A Lunardi le criticaron por ser un hombre sin corazón ni piedad, que había matado indirectamente a esa pobre anciana.

Esta misma mañana, después de beber y pasear juntos, me ha dicho que, en cuanto a él, había llegado la hora de volar y de tocar la Luna, puede que de posarse en ella, si es posible.

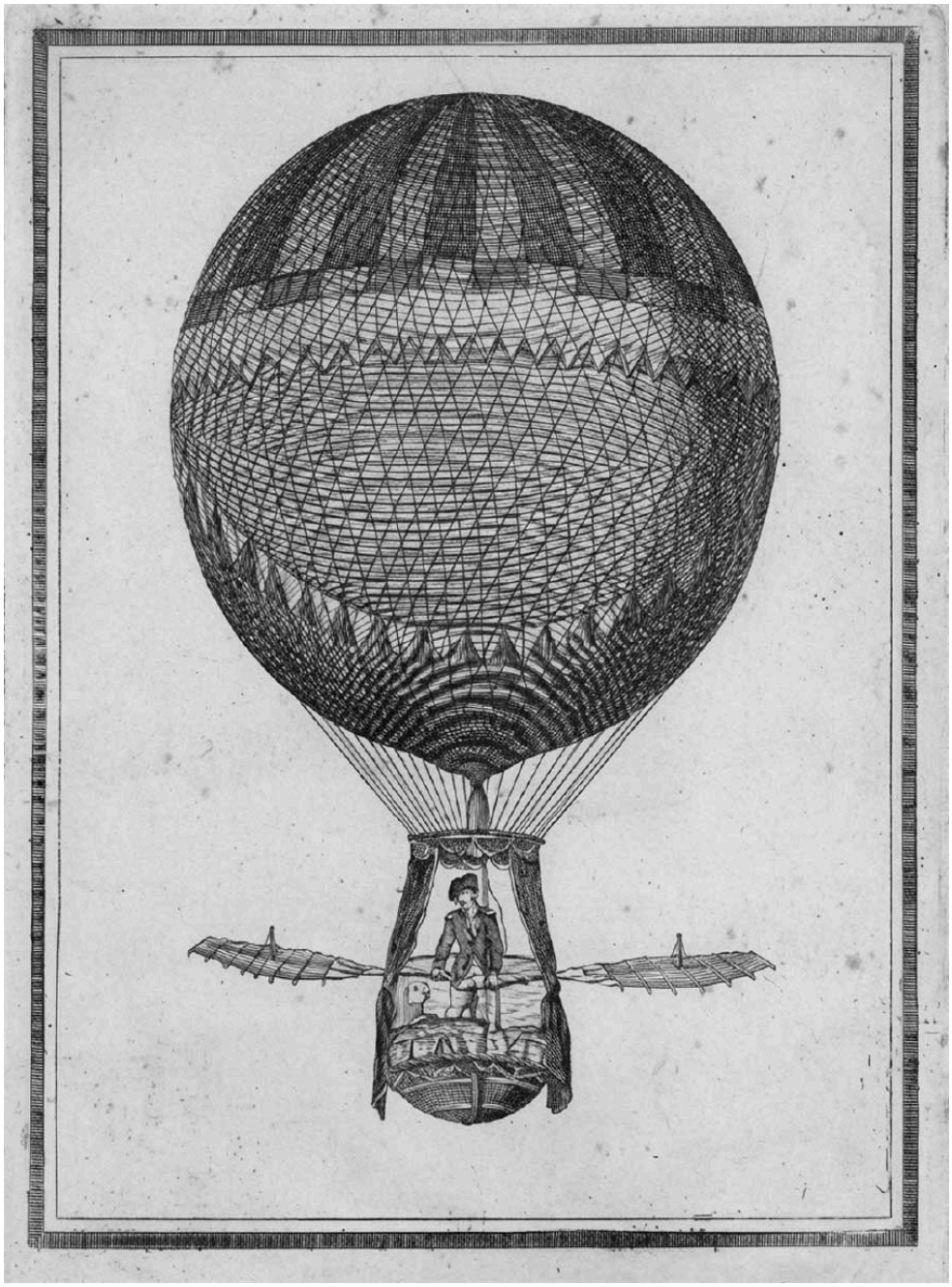
—Espero que ahora no se eche usted atrás, José —me ha dicho.

Por mi parte, la única respuesta ha sido menear la cabeza en sentido afirmativo. Estaba demasiado muerto de miedo para poder hablar.

19 de junio. Se lo he contado a Walpole, quien, después de manifestarme su envidia absoluta con una de sus risitas, me ha encargado que tome notas del vuelo y relate el mismo en un escrito posterior que él, naturalmente, financiaría en sus versiones inglesa y española. Me he reservado el derecho de hacerla también en francés, idioma que domino. Walpole quiere que se publique en la *London Gazette,* aunque esta es satírica, o en la *Monthly Review* o en la *Gentleman's Magazine,* hebdomadarios más serios e ilustrados. He aceptado sin ser aún consciente de lo que se me avecina.

26 de julio. Cavallo me ha explicado el asunto del gas. Los hermanos Montgolfier, los pioneros en los globos, usaban aire caliente y nada más, pero lo llamaban «aire misterioso» para darse pote.

—Eran unos bribones cual tragasables de circo, Marchena, unos engañabobos.



Globo aerostático. Grabado basado en las primeras ascensiones de los hermanos Montgolfier (1783). Library of Congress, Prints and Photographs Division.

Lunardi, en su vuelo, empleó hidrógeno, un nuevo gas muy volátil y muy peligroso, porque se inflama con facilidad, al parecer. Cavallo me ha contado como una proeza que él mismo y el químico George Fordyce habían logrado producir hidrógeno para Lunardi a partir de la mezcla de ácido sulfúrico y limaduras de zinc y de hierro. Yo lo escucho pasmado y admiro al científico, el hombre del futuro.

Como seguidor fiel de Lavoisier y de Gay Lussac, la razón que Cavallo me ha dado es que el peso del hidrógeno es de 89 gramos por metro cúbico y eso permite la elevación, ya que su tendencia volátil es muy grande.

—Con el tiempo se verá que es mucho mejor el helio. Pero todo llegará, Marchena, la ciencia es imparable. Escriba algún día sobre esto.

Aquí me rendí. La cabeza me iba a estallar y necesitaba tomar el aire para ubicar las ideas en mi cerebro. Salí a la calle aturdido, pero orgulloso por empezar a comprender un poco más de esa magia que es la ciencia.

22 de agosto. La construcción del globo ha sido costosa. Gracias a las amistades de Lunardi, se ha conseguido dinero y se han hecho todos los preparativos pertinentes, bajo las instrucciones de Vincenzo y su maestro. Igual que hizo en sus dos vuelos anteriores, la lona del balón es la bandera britana Union Jack. Y en cuanto al modelo, me ha confesado que ha seguido de nuevo los patrones del aerostato a hidrógeno que fabricó el francés Jacques Charles.

—Ya ve, José, que yo no soy tan original. Intrépido mucho, y dispuesto a quebrarme los huesos, también. Ya sabe lo que dicen por aquí, si le pones polvos dorados a una madera

puedes hacerla pasar por una barra de oro.

Estaba mi amigo italiano de muy buen humor, aunque, a decir verdad, nunca le he visto de otro distinto.

Por mi parte, he hecho mis averiguaciones a base de preguntarle a Lunardi.

—¿De qué material es la tela del globo?

—De seda cubierta de un barniz a base de caucho y de aceite. Le asombrará, amigo mío, su capacidad. ¡570 metros cúbicos dentro de una esfera de 10 metros de diámetro!

—¿Y cómo nos propulsamos hacia el cielo?

—Basta con accionar la válvula de seguridad para la salida del gas. Cuando eso se hace, se echan por la barquilla cuantos sacos de arena sean necesarios para quitar lo que llamamos lastre. A menos lastre, más altura. Para bajar, soltaremos el aire por la válvula. Pero con tiento, y en eso el pulso que se tenga es fundamental. Si uno se pasa, cae en picado; si no suelta suficiente, se pierde en las alturas.

—¿Y es fácil de manejar?

—No, no, es dificilísimo. Requiere mucho tiento y finura, y hacer cálculos rápidos sobre la dirección del viento y la altura deseada. En cuanto a esto, no se preocupe, José, yo manejaré el globo. Estará en buenas manos. Hay muchas probabilidades de que no nos caigamos.

No me ha dicho cuántas hay de que sí.

—¿Y la Luna?

—Amigo español, no sea incrédulo, con suerte llegaremos.

16

[Continuación]

25 de agosto. El vuelo será mañana, si no hay nubes. Para llegar a la Luna, hemos de volar al atardecer, cuando el sol declina pero la noche aún no ha caído. No se pueden llevar velas de sebo ni quinqués de aceite, por el riesgo de explotar, así que necesitamos luz natural para ver, pero si hemos de llegar a los alrededores de la Luna, ha de ser cuando el astro esté bien visible.

Calcula Lunardi que nos bastará con unas cuatro horas, lo que significa que habremos de partir a las cuatro o cinco de la tarde, confiando en estar de vuelta a las nueve. En verano, a esa hora, y dado que parece que estos son días despejados, aún habrá algo de luz para no posar la barquilla en el tejado de una casa o en una ciénaga.

Obviamente, estoy alterado y llevo varios días sin dormir. Si creyera en Dios, pondría mi alma a buenas con Él, por si no regreso; sin embargo, como ateo de principios que soy, solo puedo poner mi conciencia a cero ante mí mismo, así que me perdono los desvíos del recto proceder en que haya incurrido.

Limpia las ideas ser juez de uno mismo. Eso sí, lamentaría mucho morir tan joven y sin haber escrito aún todo lo que en mi imaginación aguarda impaciente por salir. Me compensa creer que, si en este vuelo toco la Luna, habré llegado a Selene más cerca que nadie y eso ya justifica los dolores de parto de mi buena madre. No cantaré victoria antes de probar los hechos, que la miel en los labios al final amarga si solo queda ahí.

Para los nervios, Walpole me ha dado un consejo, el mismo que le dio la difunta Madame Du Deffand o su espíritu, con el que me dice que se comunica a escondidas y con ayuda de médiums:

—Marchena, restriéguese la piel con un cepillo de gruesas cerdas para facilitar la transpiración y ya verá como con el sudor se le va la inquietud. Hágalo esta noche y verá como se tranquiliza.

Pero en casa de Horace el servicio no ha sabido encontrar ningún cepillo de gruesas cerdas limpio de hollín.

26 de agosto. Día señalado en mi vida. Hoy es el vuelo. Al abrir los ojos he pensado que, si el vuelo alcanza su meta, habré nacido para llegar a este día y a esta aventura. Hay una frase de Propercio sobre el destino, no consigo ahora recordarla, pero creo que decía que, por mucho que uno huya, el destino siempre le alcanza.

Lunardi y el químico George Fordyce han estado metiendo gas hidrógeno en el balón desde la mañana hasta las dos de la tarde. Yo he llegado a esa hora. Voy con mis papeles y mi grafito para anotarlo todo. Tengo la boca arenosa de pura ansiedad.

A las 5:00 hemos subido a la barquilla, ya aprovisionada de todo lo necesario.

A las 5:10 se han cortado las amarras. Se ha producido el desamarre desde el campo de instrucción de Artillería en Moorfields, al norte de Londres, gracias a las gestiones de un militar amigo de Walpole, Sir Watkin Lewis, que habría subido con nosotros gustoso, si no fuera porque la barquilla no admite, como mucho, más que tres pasajeros delgados, y Lewis no lo es.

El uso del campo ha costado una fianza de quinientas libras, una fortuna que ha salido de las arcas del bueno de Biggin.

¿Qué se ve desde el globo? Pues todo y, en realidad, nada, pues enseguida las cosas pasan a la categoría de manchas sobre un mantel. Empero, distingo casas, riachuelos, tejados negros, humos flotantes, pozos, arboledas, campos labrados, diminutas cabezas, figurillas casi, minúsculos rebaños.

Me inclino para verlo todo, pero la cestilla es demasiado frágil y me tambaleo.

De pronto, empezaron las sensaciones de terror, que se siguieron con otras de placer, y a estas siguieron las de inquietud, para acabar sumido en un inalterable nerviosismo que me dio un hambre voraz. Lunardi abrió su baulillo y extrajo cuatro muslos de pollo y una botella de vino sardo. Yo me comí tres y apuré la botella. Luego, con el estómago lleno, creí encontrarme mejor y pedí a mi piloto que me pasara un catalejo con el que mirar la Luna, inmensa de inmediato a esas alturas.

Como se levanta un viento inesperado y la barquilla se zarandea de un lado a otro, Lunardi me ata a la canastilla. Veo allá abajo el puente de Battersea, que solo es un raya blanca

que cruza la raya negra del río.

Entonces Lunardi dijo que íbamos a cambiar de dirección, para volar hacia el oeste y el norte, hacia Harrow, siguiendo el curso del Támesis.

Al cabo de una hora, el globo se dilata y asciende más.

—Cuesta respirar, digo yo entre jadeos.

Apenas logro decir esas palabras, porque al hablar mis tímpanos resuenan como tamboriles y me voy quedando sordo. En ese momento, todo empieza a darme vueltas vertiginosas y le digo a mi compañero que tengo miedo, pero en realidad se me ha nublado la vista.

Me digo que quizá se deba a los gases que rodean la Luna. También sospecho que esa velocidad a la que aumenta el cimbreo del globo debe de ser la atracción del satélite, que nos arrastra a su superficie sin el concurso de nuestro control.

Luego entré en un trance del que no sé cuándo salí.

He aquí una relación de lo que he visto en la Luna, sumido en una placidez que solo en ciertos sueños había experimentado. Creo poder achacarlo al hecho de la gigantesca altura, que produce en el respirar una cadencia tal que el cerebro, de por sí, fabula y siente como en un estado intermedio entre la consciencia y la enajenación, que es como decir el espíritu y la materia.

Lo primero que he de afirmar es que el gran Cyrano de Bergerac tenía razón, la Luna es la Tierra al revés, como un guante dado la vuelta.

En cuanto llegamos —porque sentía que no estaba solo, que a mi lado venía Lunardi, aunque no me hablaba, quizá por estar tan asombrado como yo—, hemos tenido un encuentro con los habitantes de Selene. Por suerte dimos con los Civilizados, ya

que estos nos dijeron que la otra mitad de Selene se halla habitada por los Salvajes, cuyas ropas, costumbres y credos son rústicos, brutales y paganos. Los Civilizados nos llevaron a unas edificaciones como templos redondos y nos dijeron que su drama era la división que los rompía en dos por razones religiosas entre Sabios y Derviches. Siendo como son todos ellos seguidores de una divinidad llamada Theoxarco —nombre hasta entonces jamás oído ni leído por mí—, unos lo siguen fieles a su doctrina (son los llamados Sabios) y otros fieles a los dogmas (son los llamados Derviches). Los dos bandos se persiguen y se juzgan y se ejecutan sin piedad. La crueldad de los Sabios la redoblan los Derviches. Claramente lo vimos, cuando a las puertas de uno de esos templos, en una ciudad que llamaron Terminonda, quemaron a una decena de contrarios por razones de intolerancia y rectitud. Lo que no alcanzamos a atisbar fue de qué secta eran los contrarios, si Sabios o Derviches.

De pronto, hubo un brusco terremoto y las casas temblaron tanto que pedí ayuda. En ese momento, perdido Lunardi en algún lugar del satélite desconocido por mí, fui prendido por unos guardias con sables y monteras que me habían oído protestar por las ejecuciones en la hoguera. Las protestas, como supe luego, son la moneda de cambio entre las dos sectas de Civilizados: los unos protestan contra los otros, y viceversa, lo que hace que toda expresión sea protesta y, a su vez, sea protestada. Lo que ya sé, pues, es que en la Luna se le quema a uno por protestar y punto.

Esto me lo contó el hombre que ocupaba la celda en la que me metieron, una vez detenido. Era un hombre muy viejo y pertenecía a los Sabios. Recitaba un palabreo constante que, tal

como me explicó, era una letanía de hechos y de fechas. Preguntado por mí por qué lo hacía, me dijo que era para no olvidar la historia de Selene, que se remonta a los lejanos siglos en que todo se abrió a una dualidad irreconciliable. No me atreví a preguntarle si se trataba de un Árbol del Discernimiento entre el Bien y el Mal como el que alumbró nuestra estirpe, pero él se adelantó y me habló de las dos civilizaciones de Selene, Arnesia y Larcenia.

Los arnesios eran filósofos y los larcenios guerreros. Los guerreros, como usaban la fuerza bruta, acabaron sometiendo a los arnesios y crearon un imperio, la gran Dominancia, cuyas divinidades se contaban por cientos, hasta el punto de que cualquiera podía ser un dios, si pagaba un precio. La Luna se llenó de dioses en poco tiempo, tantos que empezaron a comerse unos dioses a otros, y a medida que se comían, crecían. Así hasta que llegó uno llamado Theoxarco, quien en vez de comerse a los demás, se dio a sí mismo como alimento. Quise, entonces, preguntarle al Sabio si no era esa también una clara muestra de canibalismo, pero al hacerlo, su respuesta fue una sonrisa irónica antes de decirme que en Selene todos eran caníbales algunas veces, y en materia religiosa, siempre.

Primero lo juzgué una estupidez; sin embargo, el Sabio me hizo ver que era una astucia. El canibalismo traído por Theoxarco fue visto en Selene como una sagrada entrega y pronto los selenitas civilizados desterraron a los otros dioses antropófagos a las selvas de los Salvajes y nombraron a Theoxarco como dios y rey supremo. Lo que hicieron con él no es muy encomiástico, ya que primero lo mataron, luego lo descuartizaron y se lo comieron y finalmente lo adoraron. Se inventaron después las razones de su acción y las escribieron y

transmitieron, pero no tardaron en interpretarlas y tergiversarlas, y fue así como surgió la escisión en dos ramas.

Ahora, en los tiempos actuales, según me dijo el Sabio en la celda donde ambos estábamos presos, se esperaba de un día para otro la invasión de las hordas salvajes y el fin de la civilización tal como la conocían hasta entonces. Serán tiempos oscuros en los que probablemente la Luna se apague, dijo el viejo Sabio. Entonces, no sé por qué motivo, sentí una enorme angustia y cerré los ojos muy fuerte para gritar «¡Noooooooo!». Pero cuando los abrí, el viejo Sabio ya no estaba, yo estaba libre de cautiverio y tenía ante mis ojos los ojos de Lunardi, quien me decía muy contento:

—Ya hemos vuelto de la Luna, y sanos y salvos, que no es poco.

Por lo visto, no pude articular palabra, ya que en ese instante me desmayé.

1 de septiembre. Estos días los he pasado en cama, delirante de una fiebre que me ha dado a resultas del vuelo mismo a tan lejano espacio, y no por el enfriamiento cogido en el globo, como dicen los médicos.

Del regreso he de contar lo que, a su vez y luego, me contó Lunardi, pues yo perdí la consciencia y la recuperé de nuevo en esta habitación de Berkeley Square, la casa de Walpole, quien, por cierto, solo pregunta por mis notas y bien seguro estoy de que no tomé ni una.

Lunardi me ha dicho que, al llegar a Selene, la barquilla se volcó y yo di con mis huesos en el suelo, todo él de tierra y pedruscos. Como tenía un gran golpe en la cabeza, Vincenzo buscó gente del lugar que me pudiera socorrer y enseguida

vino con varios selenitas, sin duda de los Sabios o de los Derviches, que me llevaron con ellos y, después de curarme, me mostraron todo lo que he referido anteriormente. Dice Lunardi que las construcciones y edificios son esféricos y los tejados puntiagudos. Que todos los selenitas visten con togas, menos los Salvajes, que van como los trajo al mundo su madre, pero a los Salvajes, en realidad, no los vimos nunca. Dice también Lunardi que van con largas barbas y que las mujeres selenitas son muy discretas, apenas si se muestran en público y se pasan el día escrutando el cielo en busca de estrellas.

Cuando fui detenido y enviado a la mazmorra donde estaba el Sabio, Lunardi vagó por Selene observándolo todo. Dice que vio lagos y cascadas, riachuelos y selvas, pero también desiertos y unas ciudades con forma de damero y otras con forma laberíntica. Y cuenta que lo que más le llamó la atención de la Luna es que, en ella, quien empieza a reír ya no puede parar y que esa risa descontrolada es tenida por la peor enfermedad del satélite. Y con respecto a esta denominación de «satélite», bien le han dicho a Lunardi, como a mí me dijo el Sabio, que de satélite nada, porque para ellos, y con razón, el único satélite que existe es la Tierra, a la que ven con curiosidad y convencidos de que está vacía o poblada por escasos habitantes como nosotros, ignorantes y rudimentarios.

Finalmente, cuando me encontró con los ojos cerrados, Lunardi me condujo hasta el globo y regresamos en él a la Tierra. Me dijo que no encontró mis papeles para las notas, pero que si me esforzaba en recordar y añadía sus propias experiencias, bien podría componer un relato de tan singular viaje a los cielos.

Luego, cuando me quedé solo, pensé que mucho le debo

estar agradecido a este italiano intrépido que tan lejos me ha llevado y tan fabulosa aventura ha compartido conmigo. Entre las nubes de la fatiga o por el efecto de las medicinas, más las bebidas que por aquí se usan en lugar de aguardiente, me he visto en un estado de torpor y felicidad, creyéndome el Gran Piscator de Salamanca, aquel individuo sobre cuyo fantástico viaje a la Luna leí en la Universidad salmantina gracias al libro que mi maestro Diego Torres Villarroel escribiera allá por 1724. Creo que voy a rogarle a Lunardi que funde conmigo una Sociedad de Amigos de Selene y que le pongamos por nombre Piscator. Creo, en fin, que aceptará.

3 de octubre. Dejo Inglaterra ahora mismo. Escribo desde la cubierta del Addison, una goleta de tres palos que cruza el Canal. El rumbo me llevará a París primero y luego, pasado un mes, a España, donde deberé dar cuentas al Conde de Floridablanca de todo cuanto he visto, oído, interpretado, sabido, mentido y, en fin, espiado para bien de mi rey Carlos. Le haré también una cuenta de gastos, que no será ni mucha ni poca, porque hambre no he pasado y he visitado los salones que se me han abierto. En cambio, no le referiré mi viaje a la Luna. No veo la necesidad. Dejo mi proeza para narrarla en un periódico que planeo escribir y publicar más adelante. En sus páginas referiré mis pensamientos y mis observaciones para provecho e instrucción de cuantos lo lean. En cuanto a Lunardi, me despedí ayer de él con desgarro y profundo afecto. Miraré de que vaya a Madrid y suba en globo a gente valerosa y gane dinero con ello. Mucho le debo y no se lo podré pagar, así viva varias vidas, de tanto como es mi deuda con él. ¡Débole ni más ni menos que haber visto la Luna, haberla pisado y haberla

escrutado! Eso hice aquí en Londres, la ciudad más negra que tal vez exista. Y de Walpole también me despedí con tristeza, dejándole una carta de agradecimiento un poco ambigua, ya que, aunque nunca lo besé, dejé que su mano se entretuviera en alguna que otra caricia prolongada. El viejo Horace agitó la carta desde la ventana cuando yo ya me iba, demostrándome con el gesto que la había leído. Recuerdo sus palabras de ayer en la cena, estrechadas ya las manos: «La juventud, Marchena, la juventud. Nunca la pierda».

[Fin del diario]

17

«A mediados del siglo XIX, en España, la Luna estuvo de moda.» Son palabras de Rosa Chacel de cuando estaba escribiendo su novela *Teresa,* en la que ficciona la biografía de Teresa Mancha, mujer singular, de vida desgarrada, que subió a lo más alto económicamente y descendió al infierno de los burdeles al final de su corta vida. Es hoy recordada por haber sido amante de los poetas José de Espronceda y Narciso de la Escosura, dos románticos amigos entre sí y enamorados ambos de ella.

Teresa murió joven, en 1839. Muy afectado por ello, Espronceda escribió su *Canto a Teresa,* gran poema de amor al que pertenecen estos versos:

¡Una mujer! En el templado rayo
de la mágica luna se colora,
del sol poniente al lánguido desmayo
lejos entre las nubes se evapora.

Y estos otros:

¡Una mujer! Deslizase en el cielo

allá en la noche desprendida estrella.

En un capítulo que Rosa Chacel escribió pero no incluyó en su novela finalmente por ser una historia disparatada, se relata un episodio póstumo de Teresa, que incumbe a Espronceda y que fue motivado por De la Escosura, su amigo, pero también rival. Es el siguiente: Espronceda, medio enloquecido por la pérdida de quien fue su amada y madre de su hija Blanca, creyó a pies juntillas que Teresa lo esperaba en la Luna.

He aquí el escenario: es el año 1840, Teresa ha fallecido un año antes, Narciso de la Escosura, al ver el desconsuelo de su amigo, le propone acudir a una médium que pone en contacto con el más allá. Unos días después, Escosura le presenta a una mesmérica gaditana, Isadora, que aseguraba practicar la hipnosis y mediar con mundos paralelos.

Isadora lo convence de que los astros —ciertos astros, como Venus o la Luna, más bien, matizaba la experta— acogen los espíritus de los muertos que fueron bellos de cuerpo y alma. Espronceda se echa en sus brazos y acepta, crédulo, las ocurrencias de Isadora.

La médium interpretó los versos de «en el templado rayo / de la mágica luna se colora» y «lejos entre las nubes se evapora […] allá en la noche desprendida estrella» como una revelación implícita del destino lunar de la llorada Teresa.

A partir de esta idea luminosa, Espronceda, que fallecería pocos años más tarde, vivió en un insólito sosiego, pese a los infortunios políticos en los que siempre estuvo enredado. Esa tranquilidad tornó insignificantes las preocupaciones porque creyó cruzar un portón invisible que le permitiría llegar a ese lugar fuera del mundo destinado a los amantes extremados.

En el capítulo suprimido de Rosa Chacel puede leerse este parlamento de Espronceda tras visitar a la médium:

> «—¿La veré allí? —le preguntaba a Escosura, aunque en realidad dirigía la pregunta hacia las sombras de los callejones madrileños por los que deambulaban los dos amigos—. ¿Podré librarme de la sustancia de la que estoy hecho, una sustancia grumosa y aterrada?
>
> Para Escosura, los ataques de ansiedad de su amigo por hallar un paraíso eran peores que una sífilis, o mejor dicho, eran la sífilis que a los hombres como él, enamorados, enamorables, les estaba reservada. Una agonía lenta, una angustia que producía ahogos, náuseas, hipersensibilidad, pánico, síntomas de a quien han inoculado el virus de tener que presenciar un término, un acabamiento, como él ha hecho, de un amor tan hondo.
>
> —¿La veré allí? Me alivia ridículamente imaginarme que me espera en la Luna.
>
> Eran gozos pasados que intuía futuros ahora, cuando cruzase el espacio sin forma de la muerte hasta llegar a Teresa de nuevo. Y entonces todo se disparaba en la ansiedad de Espronceda: las horas eran pesadillas, como los paseos vacíos por calles con gente, atribulado solo con sus pensamientos melancólicos que se perseguían unos a otros por sus entrañas y acababan aturdiéndolo con palpitaciones, nubosidad de la vista y un sofocante calor.
>
> —¿La veré, Narciso? Cada pequeño mareo es la puerta a una inconsciencia de la que no voy a despertar nunca, los dolores se convierten inmediatamente en profundos, radicales, y superan con mucho el deseo de seguir, de andar por la vida.

Pero, Narciso, nos queda la Luna, amigo mío, nos queda la Luna. ¿No es la Luna nuestra quimera? Esa misteriosa mujer que he visitado lo ha predicho: algún día iremos allí los humanos. ¡Y dice que en ella hay seres alados, quizá ángeles, quizá réplicas de quienes fuimos! ¡Quizá Teresa!

Narciso veía que su amigo se descalabraba a cada paso que daba (las aceras demasiado altas, los rellanos demasiado estrechos, las puertas de las tabernas demasiado atrancadas), y en su cara de pómulos marcados, de nariz fina, de óvalo sutil y melena insumisa, siempre iba escrita alguna nueva herida, alguna hinchazón producida por un golpe de la tarde anterior. Vivía ahora con su madre, de la que huía con tanto amor como regresaba a ella, para reconciliarse igual que un pecador arrodillado frente a un altar. Pero tampoco recordaba quién fue él de joven ni por qué rutas venturosas vagaría su alma ahora.

—Narciso, ¿crees en los fantasmas?

—A veces, tanto como tú —respondió Narciso.

—Para creer en los fantasmas hay que olvidar el sentido común. Y expulsar de la mente sobre todo los prejuicios. Pero no es solo cuestión de fe. Hay que verlos y sentirlos. Los fantasmas existen y son tangibles.

Refirió entonces a su amigo que había voces que rodeaban los lugares y a los seres que habían pasado por una experiencia vital intensa, extraordinaria incluso, ya fuera un hecho histórico, ya fuera un pensamiento luminoso, ya fuese una situación extremadamente dramática o accidentada.

—He buscado siempre ese rastro de permanencia. Y lo he encontrado en voces verdaderamente de ultratumba, voces de muertos, fantasmales, los fantasmas *verdaderos,* no los supuestos ni los interpretados ni los imaginados. Los fantasmas

verdaderos que existen.

—¿Y es Teresa uno de ellos ya? —preguntó Narciso.

—He oído un susurro agudo esta tarde, en casa de la médium. La última sílaba de la última voz del último aliento. Puro aire, pensé, un aire sin conciencia. Un sonido líquido. Una voz líquida que buscaba acoplarse en mí.

Narciso observó que su amigo tenía los síntomas de las personas que están extremadamente enamoradas: dar crédito a lo imposible posible, que es la idea más necia que ha concebido el ser humano.

—Parecía, Narciso, que ese susurro me estuviera esperando a mí.

—¿En la Luna? ¿Acaso no es esa una falacia de gente enloquecida, de enfermos más que de cuerdos?

Narciso, entonces, quiso saber cómo había procedido la médium y qué preguntas había hecho al espectro. Espronceda dijo tres: "¿Quieres hablar?", "¿Buscas explicarte?", "¿Me dirás tu nombre?". No hubo respuestas.

—¿Y cuál fue la pregunta que la convenció definitivamente de que el susurro era de ella?

Espronceda contestó que solo podía ser una la que pudiera explicar el punto tan alto al que se había llegado en aquella sesión: la pregunta relativa a si quería volver con los vivos o no.

—A eso la respuesta fue negativa. Me asusté. Tuve miedo esos tensos segundos en los que no pasó nada.

Entonces, según Espronceda, la médium Isadora dijo: "Está en el exterior". "¿Qué es el exterior?", había preguntado Espronceda. E Isadora se limitó a decir, tal vez a improvisar, que el exterior es una frontera sinuosa fuera de este mundo. "Es el lugar inalcanzable por la razón donde viven los seres que vagan

como sombras por la estrecha franja que los separa de la muerte absoluta". '¿Y qué lugar es ese? ¡Dímelo!". "Ese lugar está cerca y es la Luna".

La primera vez en que se habla de esa región ambigua es en la *Odisea,* cuando se narra el momento en que Odiseo se encuentra con su madre, que había muerto. Tal vez con el viaje de Odiseo por aquella región fantasmagórica que es el Hades, Homero simbolizaba un hecho importante de la humanidad, el mito fundacional de la otra vida por excelencia: los muertos no regresan como tales, regresan solo sus sombras. Por eso, todo lo oculto, relativo a los muertos, ha sido siempre un universo de sombras y negruras. La *Odisea* no dice que ese lugar sea la Luna, pero sí que se trata de un lugar astral.

Según explicó Isadora, los seres fantasmales que allí habitaban eran sombras densísimas y negras. Así surge la madre de Odiseo, cuya cara le era sustraída a su hijo por ser tan solo una oscura sombra, pero él sabía que era la de su madre gracias al discernimiento que los dioses le dieron para poder oír su voz. Entonces la médium le soltó a Espronceda: "Pues en la Luna pasa igual". Y así acabó la sesión.»

En el capítulo inédito de Rosa Chacel se revela luego que la médium Isadora era, en realidad, una gitana de Algeciras, bruja y bailaora, a la que De la Escosura había dado unos cuartos para que dijera la invención que el propio Narciso había urdido, quizá por celos, ya que él también había sido amante de Teresa, aunque nunca supo si ella lo amó de verdad o no, porque Teresa, cuando rompió con Espronceda, se vio abocada a la prostitución. Y a Escosura le cobró.

18

El teniente Thorndike, de la tripulación del USS Hornet, tenía razón. Con la pisada de Neil Armstrong sobre el polvo de regolito lunar, portando su Omega en la muñeca como el símbolo de la hora exacta para un antes y un después en la historia del satélite, acababa el mito de Selene y de tantos otros nombres bajo los cuales fue conocida la Luna a lo largo de los siglos. «En mi principio está mi fin.» Pero ¿qué es la Luna? O mejor aún: ¿*quién* es la Luna?

El disco blanco que el hombre, desde que era hombre, veía clavado en el cielo diariamente, dictando los ritmos de los campos, de los mares, de las estaciones, y hasta de su propia naturaleza, pasó pronto a ser una Diosa con poderoso influjo en los mortales. Adoptó diversos nombres en los distintos cultos de los pueblos. Así, en Egipto se decía que el dios Thoth, administrador de la ciencia y del arte, y el dios Khons, sanador de enfermos, tenían vínculos directos con la Luna, a la que llamaban Isis, y de la que lo aprendían todo. Prueba de la excepcionalidad con que se veneraba a la Luna en el tiempo de los faraones eran los sacrificios de cerdos que se le ofrecían a ella y a Osiris, para luego comerse la carne inmolada, cosa que solo podían hacer una vez al año, estando prohibido

matarlos y comerlos el resto del tiempo.

Para los babilonios, la Luna era la forma visible de Sin, el dios sabio que fijaba el tiempo de las cosechas y de la muerte. Para los fenicios, la Luna era Astarté.

Pero por encima de todas estas divinidades paganas, la Luna alcanzó su máximo esplendor religioso con los griegos. Con ellos pasó a ser Selene, la hija de Hiperión y de Tía (llamada por otros Basilea). La belleza de Selene era envidiada y deseada, por eso personificó a la Luna, astro de anhelos y de pasiones desde que el mundo es mundo. A causa de tal belleza, Selene fue confundida en algunos momentos de la Mitología con Artemisa o con Febe. Como bondad, tenía la gracia de atender las plegarias de las parturientas. Era hermana de Helios (personificación del Sol) y de Eos (personificación de la Aurora). Los amoríos de Selene fueron famosos en el Parnaso: primero con Pan, luego con Zeus, y muy especialmente con Endimión, de quien concibió ni más ni menos que cincuenta hijas.

Los romanos la identificaron con su diosa llamada Luna, de la que procede justamente el nombre actual en las lenguas romances. La diosa Luna, a quien se había erigido en Roma un templo en el monte Aventino y otro en el Palatino, poseía los mismos atributos que Selene, pero había entrado a formar parte del Panteón romano con los Sabinos. Por su belleza y audacia seductora, muchos la confundieron con Diana.

Esta confusión adquirió carta de naturaleza con el tiempo, pues en 1890 Sir James George Frazer, en su ya clásico libro *La rama dorada,* dice que se identificó a Diana como «la luna amarillenta de las cosechas, que henchía la casa de labranza del agricultor con frutos hermosos y escuchaba las oraciones de las parturientas». Rasgos todos estos constantes en la divinización de la Luna.

Por su atractiva y enigmática proximidad a la Tierra —esa nimiedad de 384 392 kilómetros—, la Luna fue motivo de observaciones desde los tiempos de Aristóteles y de Tales de Mileto. Los primeros en fijar sus fases y establecer sus verdaderos movimientos fueron Aristarco de Samos e Hiparco. Luego ha sido objeto de estudio por parte de los grandes astrónomos: Ptolomeo, Abul Wefa, Copérnico, Kepler, Galileo, Tycho Brahe, Hevelius, Riccioli, y tantos otros hasta llegar a los Herschel. En todos los casos de observaciones rigurosas hechas por esos astrónomos relevantes, los resultados nada decían de su habitabilidad. El asunto de la atmósfera enrarecida, ya fuera por sulfurosos gases volcánicos —o, como afirma Feijoo, «por vapores y humedades de sus lagos o mares»—, ya fuera por la ausencia total de oxígeno, ahorraba muchas explicaciones sobre la naturaleza física y moral de sus posibles habitantes.

En todo tiempo, incluso a mediados del siglo pasado, como se lee en la novela de Jules Verne, el enrarecimiento o la claridad de la atmósfera lunar fue germen de acalorado debate entre quienes elegían la vía de imaginar habitable o habitado el satélite y quienes optaban directamente por sumir a la Luna en un estado de inanidad rocosa carente de toda vida. El asunto era: respirar o no respirar. Si lo primero, había vida de seguro. Si lo segundo, la vida era imposible. Neil Armstrong y cuantos le siguieron en los paseos lunares darían finalmente la razón a los últimos, pero hasta ese 20 de julio de 1969 las espadas estuvieron en alto.

La cuestión de la «respirabilidad» como condición para la vida en la Luna conduce a la *analogía* como criterio predominante. En la Tierra era imposible concebir vida sin oxígeno; por lo tanto, si no había oxígeno en la Luna, tampoco habría vida. Cuando los astrónomos observaban paisajes lunares, estos guardaban una

enorme analogía con los de la Tierra: contemplaban árboles, riachuelos, volcanes…, e incluso grietas y valles luminosos, como los descubrimientos que hizo en la Luna el sabio veronés Monseñor Bianchini —lo refiere Feijoo en su discurso *Corruptibilidad de los cielos*— el 25 de agosto de 1725, más de cien años antes del libro de Lock y casi doscientos del de Wolf. Hasta las observaciones que Lock atribuye a Herschel son, en todo momento, susceptibles de transferirse a hechos y apariencias terrenales. Los *selenios,* en realidad, pueden ser indígenas africanos vestidos con plumas de avestruz; los *vespertillos* pueden ser tomados por una variante de los anteriores, solo que con unas membranas de tela entre los brazos, o, ¿por qué no?, por abominables criaturas salidas de un cuadro del Bosco; y, en fin, los elefantes, hipopótamos, serpientes, chozas cónicas, castillos, bosques, ríos, llanuras, templos, etcétera, confesados por Herschel en el libro, en nada difieren de sus homólogos de la Tierra. Eso también fue lo que quiso parodiar a la contra el libro de Wolf, una copia sin muchos equívocos de su propio tiempo y su propia sociedad.

A lo largo de la Historia es bastante frecuente esta simetría con que es comprendida la Luna por el ser humano. Debido a ese efecto defensivo que es lo analógico, todos quienes se han planteado en sus respectivas épocas la habitabilidad de la Luna, o de los mundos en general, se han puesto del otro lado de un espejo y se han visto *mirando.* Así, Fontenelle, Cassini y otros astrónomos del siglo XVIII se obsesionan por cómo sería la Tierra si desde Marte se la observara con un telescopio. Y concluyen que, para poder ser vistos desde Marte, ha de haber en Marte *seres humanos* que miren hacia la Tierra.

La cuestión venía de antiguo. Ya Plutarco, en su obra *Sobre la cara que se ve en la superficie de la Luna,* escrita ochenta años

antes de Cristo, se arriesgaba a asegurar que la Luna era de índole «terrestre, con montañas y valles». Y en esto, aunque con mayor poesía, abunda Cyrano de Bergerac, en una de las definiciones más bellas y más ecuánimes de la Luna: «La Luna es un mundo como el nuestro al que este sirve de luna». ¡La perfecta simetría! El punto *A* de la Tierra tiene su *A'* en la Luna, y así sucesivamente.

Contra las fantásticas estrecheces antropocéntricas de la analogía interviene el sabio español Benito Jerónimo Feijoo, figura no siempre bien alabada ni tenida en la gran altura que merece, no solo por su calidad literaria, sino sobre todo por su modernidad para concebir lo enciclopédico como materia narrativa. Dice Feijoo en una de sus cartas: «Lo que se puede asegurar como cierto es que si en los astros hubiese brutos y plantas, serían de otra clase diversísima de los brutos y plantas que hay por acá, por la razón de la diversísima constitución, naturaleza y temperie de aquellos globos». Parece lógico, en verdad, y definitivo. Como definitivamente osada es la actitud de Ardan, el personaje de Verne: «No sé si los mundos están habitados, y como no lo sé, voy a verlo». Claro que Ardan era de los que creían que había aire en la Luna.

Sobre la habitabilidad de los mundos, es decir, de los planetas, por parte de seres como los hombres o muy parecidos, hablan con ínfulas de certeza escritores como Stobeo, quien, refiriéndose a filósofos más antiguos, dice que decían que en la Luna los seres, en sus modalidades de plantas, brutos y hombres, eran quince veces mayores que sus análogos en la Tierra. Todo lo tenían igual, con la particularidad de haberse multiplicado por quince. Stobeo desconocía la razón. Sin embargo, en otros momentos de la historia en que el hombre ha tenido que enfrentarse con los habitantes de mundos ignotos o fantásticos, el monstruosismo ha creado siempre gigantes, como en el caso de los patagones del Estrecho de

Magallanes, de quienes se decía que, aparte de su desproporción, comían crudas unas perdices del tamaño de un carnero a las que llamaban perdigochas. Quien esto contaba —un contramaestre de L'Astrolabe, navío capitaneado por el gran marino César Dumont d'Urville, quien, ¡paradojas del destino!, navegó por el estrecho magallánico en 1837 tras la pista de asentamientos de selenitas en la Tierra, tal vez de siniestros vespertillos— agregaba también que creyó observar cómo esas perdigochas solo se cataban en luna llena, fase pocas veces vista en plenitud en ese extremo austral.

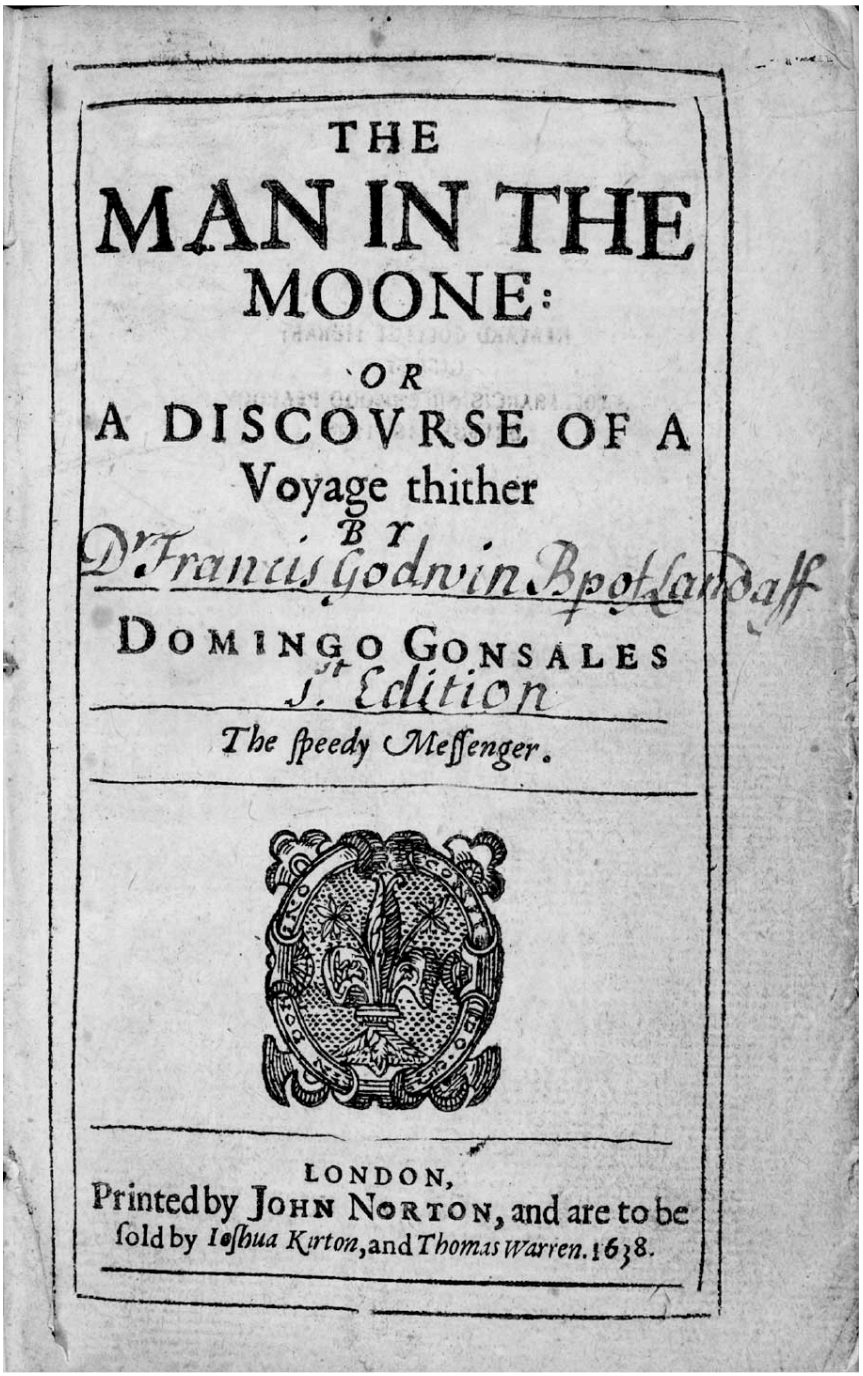
Abundando en las gratuitas cercanías que provocaba la analogía entre la Tierra y la Luna, Herodoto Heracleota, aceptando sin chistar el gigantismo de los selenitas, determinó que sus mujeres, además, eran ovíparas y que el vehículo de reproducción lunar por excelencia era el huevo. ¿Cuáles son las bases para esas aseveraciones? Ningunas, claro está. Solo la ocurrencia de que algún tipo de ave podía haber hecho el supremo esfuerzo de volar hasta la Luna. Tal vez el zurito unípede que dice Herschel haber visto con su telescopio.

Aunque aves eran, pero extrañas, las que encontró allá el Barón de Münchausen, el estrambótico personaje de Gottfried Bürger, quien, en su segundo viaje a la Luna —el primero, según cuenta, fue rápido y solo en busca de un hacha de plata—, vio «grandes seres montados en buitres de tres cabezas […]. En vez de montar a caballo, como nosotros, los pobres habitantes de la Tierra, los de la Luna cabalgan en estos grandes pájaros». Igualmente todas las analogías que el Barón encuentra en la Luna son quince veces mayores: «una mosca ordinaria, por ejemplo, es casi tan grande como un cordero de los nuestros». Como Herodoto Heracleota, el Barón también descubre que los selenitas que halló eran ovíparos: «De una cáscara sale un soldado, de otra un filósofo, de otra un

teólogo, de otra un jurisconsulto, de otra un ganapán». Al final, Münchausen cae en el surrealismo: «Las armas usuales de los habitantes de la Luna son rábanos silvestres que manejan como jabalinas y dan muerte a los que alcanzan […]. Por escudos usan grandes hongos […]. Llevan la cabeza debajo del brazo». E incluso cae en un humor negro que haría las delicias de un Topor: «Los habitantes de la Luna se sirven de su vientre como nosotros de nuestros morrales: echan en él todo aquello de lo que pueden tener necesidad; lo abren y lo cierran a su voluntad como su estómago». En verdad este Barón bien podría haber sido un digno miembro de la Sociedad de los Falsarios de la Luna.

Y si se habla de aves, aves eran, en esta ocasión gansos, las que tiraron de la enorme cazuela en cuyo interior surcó el espacio hasta la Luna el castellano Domingo González. Esto al menos relata el inglés Francis Godwin, autor en 1638 de un curioso libro que tiene a ese insospechado aventurero español por protagonista: *El hombre en la luna o Discurso de un viaje allá por Domingo González, el raudo mensajero.* Godwin también podría haber figurado con todo merecimiento como miembro del club creado por Lock.

En resumen: a la hora de hablar de la habitabilidad de los mundos, hay que volver nuevamente a Feijoo, que se refiere del siguiente modo al hecho de que existan mundos habitables o habitados: «En cuanto a la posibilidad [de mundos habitables], no hallo el menor tropiezo; en orden a la existencia [de mundos habitados], la juzgo *un sueño bien concertado,* y nada más». El subrayado realza la belleza y la rotundidad de la frase.



THE
MAN IN THE
MOONE:
OR
A DISCOVRSE OF A
Voyage thither
BY
Dr. Francis Godwin B.p of Landaff
DOMINGO GONSALES
1. Edition
The ſpeedy Meſſenger.

LONDON,
Printed by JOHN NORTON, and are to be
ſold by *Ioſhua Kirton*, and *Thomas Warren*. 1638.

The Man in the Moone: or A Discourse of a Voyage thither, de Francis Godwin (1638).

19

La Sociedad de los Falsarios de la Luna, iniciada por A. Lock sin demasiadas pretensiones, contó en Francia, al cabo del tiempo, con otros miembros destacados. No siempre confesaron formar parte de esa sociedad secreta, puede que incluso algunos de ellos ni siquiera supieran que eran miembros, pero, entre el divertimiento y la calamidad, dejaron ciertas muestras y actitudes que se han podido rastrear por estudiosos posteriores. He aquí algunos casos conocidos.

Jean Lorrain (seudónimo de Paul Duval, que también se llama Restif, Saltarella, Zakovski, Bruscambille y cien nombres más), falsario de primer nivel, tenía en el número 16 de la rue de Courty, de París, un consultorio espiritual para jóvenes con los que conspirar o gozar. Le guiaba algo malsano, retorcido, y le daba a lo lunático un cariz de perversión liberadora. Aconsejaba a sus pupilos tomar cualquier decisión, por lo general de naturaleza homoerótica, bajo el influjo de la Luna. Era así como llamaba a los licores y drogas que les proporcionaba. Su estrabismo (el ojo izquierdo inservible, entoldado

por el párpado hasta la mitad, tal como lo describió Jules Renard el 18 de noviembre de 1896 en su *Journal:* «Los ojos hinchados de Lorrain con esos párpados que parecían toldillas de diligencias caídas»), por paradójico que pareciera, hacía de él un interesante perverso. Pederasta afamado, su sodomía ya no era algo chocante, quizás a causa de lo mucho que abundó en los corrillos de lenguas propaladoras el vergonzoso rumor de lo que hacían en el piso de la rue Courty él, el joven seducido y la Luna seductora.

Sin embargo, para otros, Lorrain pasaba por ser un investigador serio y estricto: sus experimentos con el éter para explorar las dimensiones sensitivas de lo fantástico eran un monumento del más severo calibre científico. Había publicado los resultados de sus pruebas en el tomo de relatos *Contes d'un buveur d'ether,* el fruto de varios años encerrado en su cuarto, consumiendo a solas esa droga y anotando fielmente cada nuevo espejismo, cada visión, cada estado de la mente en su viaje deforme por un universo de turbadora existencia maldita. Muchos de esos experimentos alucinatorios versaban sobre la Luna y procedían de las extravagancias del libro de Lock. Él también juraba haber visto vespertillos alados.

Su lengua, por el contrario, no era tan meticulosa: peroraba contra todos como un estilete que se clava en el centro del honor de los demás. Eran incontables los duelos a que le retaban por su escandalosa conducta. En público, por sus temibles actuaciones en las noches en que iba a las tabernas de los barrios bajos y de prostitución masculina. En privado, por el licor de guindas que daba a un jovenzuelo que llevaba a jugar a su piso y le hacía mirar la Luna mientras le prometía algún gozo. En los duelos, el peligroso tuerto no fallaba nunca.

Edmond de Goncourt se hizo falsario después de la muerte de su hermano Jules el 20 de junio de 1870. Escribir a dos manos, incluso después de muerto Jules —siempre firmaron como «los Goncourt», incluso cuando ya solo quedaba uno—, tiene algo de lunático. ¿Hay un caso más evidente de fantasma sentado a la mesa de escritorio sacudiendo la tinta sobre un secante que el de Jules, que acudía desde su tumba cada tarde a reescribir los párrafos que le pasaba su hermano? Solteros toda la vida. Edmond, luego, cosido a manías… Y sus novelas, casi todas con nombres de mujeres: Philomène, Renée Mauperin, Germinie Lacerteux, Manette Salomon —que puso a los judíos de uñas—, Madame Gervaisais, Elisa, por no hablar de su estudio sobre la mujer en el siglo XVIII, un siglo del que se conocían al dedillo cada recoveco.

Como buen neófito falsario, Edmond atribuyó al arisco Saint-Simon la proposición de hacer decapitaciones nocturnas, allá por el 1789. Lo propuso por piedad, para que la justicia del pueblo adoptara el tono azul del claro de luna y diese al ejecutado unos segundos de intimidad y recogimiento en ese ambiente espectral. Su propuesta, a tenor de los hechos, no fue aceptada. Creyeron los verdugos que semejante idea ablandaría los corazones revolucionarios. Sabido era que la Luna volvía a los hombres melancólicos y a las mujeres capaces.

Por la insolencia de su vida y de sus versos (que viven, ríen y lloran poco, ha dicho Verlaine en *Les poètes maudits*), Tristán Corbière era un notable falsario. Joven decrépito, Laforgue lo definió como el gran sensual que jamás hablaba de la carne. Solo escribió un libro, *Les amours jaunes (Los amores amarillos),* obra tremebunda, inquietante, de poemas abruptos, tan feroces como los de Rimbaud y tan extraños como satánicos. Tenía la convicción de que la Luna

había hecho un agujero dentro de él, un agujero redondo como una moneda, por el que se le iba la suerte… y se le escapaba hasta la Luna. Decía que su vida eran monedas y las comparaba con sus años: veinte monedas, veinte años. No aspiraba a más. Así lo expresó:

Hallé la fortuna en las primaveras,
En los veinte años, en los veinte francos,
En los agujeros y en la luna después,
Aún virgen con veinte años
¡Y ya coronel en la Comuna!
Y al final, la fosa común como regalo
En una noche sin agujero de luna.

Brusco y petulante, infantil y osado, Tristan Corbière andaba como un marino en día de tormenta, asombrosamente tieso, pero con una leve inclinación precavida, formando su cuerpo con el suelo un divertido ángulo, tanto más notable si ese día se había puesto un sombrero de copa y se espigaba. Tras su muerte, en 1875, no estuvo en la memoria de nadie, salvo en la del fanático Verlaine. Hoy en día, una minoría de falsarios solitarios lo lee por envidia.

Todo lo contrario le sucedió a Ernest Hello (1828-1885), autor de descomunal retórica. De los escritores católicos de entonces, todos mediocres salvo el gran Barbey d'Aurevilly, Ernest Hello es el único que combina la oratoria de un cura exorcizando con la prosa aguda y concisa de un científico positivista. Por eso se hizo falsario. Así nadie supo nunca si sus textos eran suyos o no, si eran verdaderos o falsos, si eran humanos o divinos. Quizá se debiera a lo escalofriante de sus aberraciones. Mezclaba tan analíticamente (con superioridad

de jesuita) la sociología con el Limbo de los Justos, la virginidad de la Purísima con las huelgas mineras, y las leyes pitagóricas con el maná de Moisés, que, al leerlo, la fascinación se producía de inmediato, como si lo que se estuviera leyendo fuese una fantástica novela de viajes a la Luna o de enigmas de ultratumba.

En su libro *El hombre,* con la arrogancia de los que desentrañan la Biblia en la creencia de que ha sido escrita solo para ellos, describe todas las grandezas y miserias del ser humano. Pero su violenta diatriba contra el ateísmo, sofocada, retorcida, es propia de un loco sin dirección, inverosímil y vehemente. ¡Qué macabros designios concibe para el moribundo que blasfema! Hello, al contrario que otros miembros de la Sociedad de Falsarios de la Luna, atribuye al satélite una cierta geografía del Infierno, imitando a Dante. Se atreve a decir incluso qué tormentos (y por cuántos años) aguardan a cada uno allá en la Luna según un catálogo detallado de culpas, pecados y faltas. Probablemente Lock lo habría expulsado de su sociedad sin ningún miramiento. O tal vez no, tal vez le hubiera dado un telescopio para que se deleitase mirando cómo arden las almas pecadoras.

Y por último, Villiers. Jean-Marie Mathias Philippe Auguste de Villiers de L'Isle-Adam fue siempre un gran conversador. Todos los grandes cuentistas poseen ese don de la charla prolongada y compleja (salvo Maupassant, *el carnero,* que se entrecortaba con tartamudeos exasperantes para finalizar con vulgares blasfemias), aunque habría que reconocerle a Villiers su poder de amenísima persuasión gracias a su muy modulada voz de barítono. Hasta el alba diserta sobre los temas más copiosos sin descender ni por un segundo de su altura melodramática, con chistosas inflexiones que recuperan la distensión y agrupan a los contertulios en torno a un remozado interés.

De origen noble (conde o algo similar), no repugna a su orgullo, bastante a flor de piel, contar algunos trabajos que se vio obligado a aceptar para llevar el alimento diario a su pobre bastardo y a la mujer con quien convive, como si se tratara de un obrero a jornal. Es divertida la historia de cuando, por un sueldo exiguo, daba clases de boxeo en un salón de gimnasia; si bien, no teniendo apenas idea de ese fino deporte, su ancha cara era utilizada por los jóvenes púgiles como mero saco de arena al que atizaban un número pactado de ganchos y puñetazos.

Menos cómico se pone —incluso baja el tono de su narración, se *siniestriza,* por así decir, con absentas de por medio, lo que le da una aureola vengativa— cuando relata los meses en que hubo de ejercer de *mannequin* o «loco fingido» en el consultorio privado de un médico sin escrúpulos, que lo mostraba a colegas y a clientes como un ejemplo de los buenos resultados de sus métodos de recuperación psicológica.

Tras jurar, enfatizando su demencia, que procedía de la Luna y sin aclarar el medio de transporte, insistía en que podría describir la forma e idioma de sus habitantes, a los que también, como tantos otros selenitas, puso alas. Había logrado, además, una alarmante maestría en las falsas muecas de enajenado y en los silencios ausentes. A veces, con violencia furiosa, rompía un jarroncito barato, siempre con estudiados movimientos, para luego calmarse por efecto de la ciencia de aquel médico, de modo que este pudiera alegar: «No está del todo curado, pero va mejor». Era un idealista desvencijado, un anarquista moral iconoclasta que quería ser adulado en los salones y no pudo ser más que otro mulo de carga de las letras.

20

Veintiuna horas después de haberse posado en el Mare Tranquilitatis, el módulo lunar Eagle ascendió nuevamente con Armstrong y «Buzz» Aldrin en su interior hasta acoplarse a la cápsula Columbia, en la que un tenso Collins había estado orbitando el satélite. Le habían arrancado a la Luna 21 kilos de rocas y suelo, 21 kilos más de peso en el viaje de vuelta hasta un punto determinado del Pacífico. Habían estado en la Luna, eran los primeros, aunque muchos no creerían ni lo uno ni lo otro. Ya decía Cyrano que lo difícil no es viajar hasta la Luna sino regresar de ella, porque hay que convencer a un mundo incrédulo de que se ha hecho ese viaje. Para muchos (nómina integrada por los que no tenían televisor, por los de natural escéptico, por los ciudadanos del bloque del Este, por los chinos y los vietnamitas, por los hambrientos, y en general por los ancianos descreídos, los supersticiosos, los conspiranoicos, los astrólogos y los visionarios del planeta) aquel viaje no existió nunca, y si por casualidad, en esos meses de verano posteriores, alguien les decía que se había pisado la Luna, responderían de inmediato que sería cosa de locos. Y razón a medias tenían, en verdad, pues otro aspecto, y de importancia,

que alcanzaba su omega en ese viaje era el fin del imperio de los *lunáticos.*

La existencia de esa nación o país ya la refiere Verne, en el único apunte cómico de su libro: «Entre las delegaciones de toda clase que le asaltaron [a Ardan], la de los *lunáticos* no olvidó lo que debía al futuro conquistador de la Luna. Un día, algunos de estos desgraciados dementes, bastante numerosos en América [sic], le visitaron para pedirle que les llevase con él a su país natal […]. Michel Ardan se prestó con docilidad a su inocente manía y se encargó de recados para sus amigos de la Luna». No se sabe si, antes de partir, los astronautas del Apolo XI recibieron a una delegación de lunáticos para que llevaran recados a su patria, pero entra dentro de lo posible; tal vez de esos 21 kilos de rocas traídos, algunos gramos fuesen a parar a un manicomio en señal de reconocimiento y pleitesía por el imperio conquistado.

Los lunáticos azerbaiyanos tenían otra suerte —relata Frazer—, acaso más espléndida pero breve. Al parecer, en algunas regiones caucásicas erigieron Templos de la Luna; en ellos, los sacerdotes mantenían esclavos que, por su don de profetizar, detentaban una condición sagrada. Cuando alguno de estos esclavos sacros profetizaba más de la cuenta, y se elevaba profiriendo frases incoherentes y comenzaba a manifestar síntomas de notoria locura, el sacerdote lo ataba con una gruesa cadena y durante un año le ofrecía todo tipo de lujos y manjares; al cabo de ese tiempo, el esclavo era sacrificado mediante un lanzazo en el corazón. Todo se hacía bajo la más estricta inspiración de la Luna, a cuyo paraíso regresaba el alma del orate, para reencarnarse probablemente en un selenio, en un castor o en una de las razas de vespertillos.

Ese paraíso, o simplemente Provincia, Estado, Reino o República de los *lunáticos* terminó, como todo lo que el hombre imaginó

acerca de la Luna, ese día de julio de 1969. Thorndike, desde el USS Hornet, lo adivinó sin ser un esclavo azerbaiyano. Un helicóptero había recogido a los tres astronautas y los depositaba en la cubierta del barco. Lo veía ahora por el televisor en la sala de oficiales. La cámara trataba de acercarse a los rostros de los tres héroes. Se movía a derecha e izquierda porque se salían del encuadre al agitar los brazos para saludar. La voz del comentarista, en un tono no excesivamente exultante, casi frío, sentenciaba: «La proeza empezada hace ocho días ha sido consumada. La humanidad ya no será la misma porque la Luna tampoco será la misma. Adiós a la Luna de Shakespeare. Hola a la Luna de la era atómica».

Thorndike, antes de sumarse al resto de la tripulación, que comenzaba a subir a cubierta para vitorear a los astronautas, nuevamente buscó con la mirada la muñeca de Armstrong. Allí seguía el Omega Speedmaster Professional, acero plateado y vidrio, los mismos elementos —cristal y plata— que el médico de César Borgia, el italiano Camilo Leonardo, adjudicó a la Luna por ser «simpáticos a ella». Los mismos elementos que el falsario Lock puso en boca de Herschel como materiales de construcción de las columnas de Selenópolis.

ANEXO



[Omega Speedmaster Professional First on the Moon]

Antes de que volviéramos a la luna, ya la habíamos inventado. Un libro en la órbita de Umberto Eco y Georges Perec sobre quienes la soñaron, la poblaron y la hicieron literatura.



¿Y si la historia de la Luna no fuera la que nos han contado? Mucho antes de que el Apolo XI aterrizara en el Mar de la Tranquilidad, la imaginación ya la había colonizado. Locos, soñadores, visionarios, poetas románticos, místicos, charlatanes y falsificadores. Durante siglos, una extraña hermandad de lunáticos se consagró a una empresa prodigiosa: mirar hacia la Luna, poblarla de selenitas e imaginar civilizaciones y ciudades levantadas a imagen y semejanza de París, con sus bulevares, sus crímenes burgueses y hasta una torre sospechosamente parecida a la de Eiffel. Cuando la realidad no bastaba, se la inventaban. El 24 de julio de 1969, el teniente Thorndike —hijo de relojero, obsesionado por el tiempo y

apasionado de la Luna— aguarda la llegada de los tripulantes del Apolo XI. A partir de ese momento comienza una narración tan erudita como delirante en la que desfilan algunos de los más insólitos visionarios de la historia: Jules Verne, el Abate Marchena, José de Espronceda o Émile-Marie Wolf, entre otros, todos ellos unidos por una misma obsesión: imaginar la Luna antes de que la ciencia la alcanzara.

Heredero del espíritu lúdico de Umberto Eco, de la imaginación combinatoria de Georges Perec y de las biografías imaginarias de Marcel Schwob, *Los falsarios* es una celebración de la inteligencia, de la literatura como impostura feliz y del irresistible impulso humano de inventar mundos.

CITAS

«Adolfo García Ortega depara siempre al lector un efecto luminoso.» —ANTONIO MUÑOZ MOLINA

«Sus novelas son comparables a las de Sebald y Magris.» —*EL PERIÓDICO*

«Es probablemente el mejor novelista español de su generación.» —FERNANDO MARÍAS

Adolfo García Ortega nació en Valladolid en mayo de 1958. Es escritor, traductor y articulista. Sus cuentos están recogidos en el volumen *Verdaderas historias extraordinarias* (2013) y ha reunido su poesía completa en *Animal impuro* (2015), a la que se suman *Kapital* (2020) y *Milicia* (2022). Ha escrito las novelas *Mampaso* (1990), *Café Hugo* (1999), *El comprador de aniversarios* (2003, premio Dulce Chacón), *Autómata* (2006, premio de la Crítica de Castilla y León y Pluma de Plata de Bilbao), *El mapa de la vida* (2009) y *Pasajero K.* (2012). En Galaxia Gutenberg han aparecido sus novelas más recientes: *El evangelista* (2016, elegida mejor novela histórica del año por Todoliteratura), *Una tumba en el aire* (2019, premio Málaga de Novela), *La luz que cae* (2021), *El gran viaje* (2022) y *Madre mujer muerta* (2025), así como el ensayo *Fantasmas del escritor* (2017). Destacan también los ensayos *Abecedario de lector, El arte de editar libros, Otro Israel posible* y *La belleza de lo literario*, este último publicado en 2026. Sus obras están traducidas a varias lenguas.

Edición en ebook: junio de 2026

Copyright © Adolfo García Ortega, 2026
Imagen de cubierta: *Superhero*, de Beto Val
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-77-1

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] *Digresión.* A propósito de cadáveres, siempre quedó la duda sobre si Gustave Flaubert murió de un ataque de epilepsia congestiva o si fue envenenado. Tal vez por un error de su boticario, tal vez por una causa más oscura, intencionada. Nunca se sabrá a ciencia cierta. Lo sospechó Edmond Goncourt el día del entierro de Flaubert desde la tercera fila de asistentes que rodeaban el panteón familiar del Cementerio de Ruán, cuando se percató de que había un pequeño problema con el féretro. Los enterradores habían hecho demasiado corto el hoyo de la tumba y la parte delantera sobresalía un poco, como si lo hubieran metido casi en vertical. Flaubert enterrado de pie era todo un símbolo grotesco de la estupidez humana. Una fuerte palada que levantó astillas eliminó el problema. El cielo normando, con su eterna vocación de amenaza, triste como una canción y gris como el ojo de un tísico, se sumaba al duelo. Entonces, sin saber por qué, antes de atender con aire constreñido a un *repórter* que tomaba nota apresurada de cuanto veía por allí, Edmond Goncourt recordó la última cena en Croisset, con Gustave, Zola y Maupassant, en la que hablaron del arsénico de la Bovary, y le vino a la cabeza la idea de que lo había mandado al otro barrio su sobrina Catherine. ¿La razón? El dinero, los derechos, la herencia. Pero apartó la idea de inmediato, por cruel.

[2] *Digresión.* A Verne le gustaba ir al café Ministères. Era un café amplio, que permitía la dispersión cuando lo que se deseaba era no ser visto, o la concentración, en apenas dos o tres mesas blancas, de todos los amigos queridos si uno quería perder el tiempo con ellos y exhibirse un poco. El Ministères no tenía la misma luz que el Caron, el otro café al que iba a veces a

escuchar a los clientes. La luz del Caron era una claridad natural que se filtraba por las cristaleras sin dibujos dorados, limpias, con solo unos medios visillos. El Ministères se alumbraba día y noche por las arañas de gas y el ambiente se degradaba en amarillo marfil, un ápice anaranjado, como en algunos camarotes de primera de los grandes barcos. Allí concibió el ambiente que tendría el cubículo de su nave espacial.

[3] *Digresión.* Cuando en 1884 Huysmans publicó *À Rebours* (pues de este libro está hablando Wolf al mencionar a ese personaje paradigmático del *fin-de-siècle* llamado Jean Floressas des Esseintes), Barbey d'Aurevilly, el mejor escritor católico de la época y amigo también de Huysmans, repitió en un artículo del 28 de julio de 1884 la frase que unos años antes escribiera al comentar el libro de Baudelaire: «Después de un libro así, al autor no le queda más que elegir entre una pistola o caer de rodillas ante los pies de la cruz». Huysmans, en su vejez, se hizo oblato, y murió de un no muy agradable cáncer de garganta. Por su parte, Jules-Amédée Barbey d'Aurevilly, nacido en 1808, muere anciano en 1889. El autor de *Les Diaboliques* y de *Un Prête marié,* los libros suyos que más fascinaron a los decadentes de fin de siglo, se había forjado en un romanticismo altivo, inteligente y moral, similar al de Baudelaire, pero Barbey despreciaba aún más que este al resto del mundo. Nobleza obliga. Barbey, viejo titán de arrogancia incisiva, desde su atalaya de patriarca incontestable, se mofaba de la misericordia del pueblo masificado y de la imbecilidad burguesa, que crucificaban por igual a los artistas. Para él, nadie es más ruin que un pobre ignorante, porque ni siquiera conoce la maldad ni la practica; solo sabe sumar con los dedos y alimentar ancestrales rencores. A Barbey, que es católico solo para estar

más cerca del Diablo (o al menos, con pleno derecho) y para beberse de mayor el vino consagrado de los cálices como hacía de niño, le produce un perturbador placer mirar por la rendija del muro de un convento de clausura a las jóvenes novicias inmaculadas, a esas vírgenes rosáceas cuya imagen despierta la parte más noble de los bajos instintos. En la cabecera de su cama, cuando los cielos se abrieron para recibir su alma turbia por deseos insatisfechos y un coro de ángeles recibió al único *dandy* que el catolicismo había dado, seguro que vino a secar su sudor de agitado hedonista el espíritu del marqués de Sade, su sosias pretérito. ¿Acaso ser católico no tiene como primera obligación el sacrilegio?, se preguntaba Barbey, para luego añadir, con su malicia de negra mística, que «el sacrilegio primero, y luego el gozo del pecado». Huysmans, en su prefacio a *À Rebours,* es más descarnado aún: «Entre los castrados del arte religioso, solo había un semental: Barbey d'Aurevilly, y esta opinión sigue siendo todavía exacta. Fue el único artista, en el sentido más puro de la palabra, que produjo el catolicismo de aquella época; fue un gran prosista, un novelista admirable cuya audacia hacía berrear a la sacristanía, exasperada por la vehemencia explosiva de sus frases».

Índice

Los falsarios
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Anexo
Sobre este libro
Sobre Adolfo García Ortega
Créditos
Notas